



Número 236
Marzo 2023

HERALDOS DEL EVANGELIO



Resistencia gallarda

¿Puedo ser perdonado?

Estaba predicando la novena de la Inmaculada y el último día había hablado sobre la confesión [refiere don Orione]; en ella, sin saber el porqué, había dicho: aunque uno hubiera puesto veneno en el plato de su madre y así la hubiera asesinado, si estaba arrepentido y se confesaba, Dios en su infinita misericordia lo perdonaría...

Terminada la prédica, seguí confesando hasta medianoche y, a esas horas, me puse en camino hacia Tortona. Eran unos nueve o diez kilómetros, pero el tiempo era pésimo, nevaba y hacía mucho frío. Yo caminaba a pie, pues a esas horas no había medios de transporte. Al salir del pueblo vi una sombra negra que se me acercaba. Yo pensé: «Si me quiere robar, no tengo más que cinco liras». Él iba delante de mí y miraba hacia atrás. Al llegar a él, le dije:

—Buenas noches.

Él me preguntó:

—¿Usted es don Orione? ¿El predicador?
Al decirle que sí, añadió:

—Le he oído predicar. Quisiera saber si lo que ha dicho sobre uno que ha envenenado a su madre es cierto.

Al asegurárselo, me dijo que él era ese hombre, que con veneno había matado a su madre, porque había continuas peleas entre ella y su esposa. Y dijo:



Fotografía de San Luis Orione

Reproducción

—¿Puedo ser perdonado?

Y se puso a llorar. Me contó su historia, se arrodilló a mis pies y me pidió que lo confesara, diciendo:

—Desde aquel momento (de su gran pecado) no he podido tener paz y son tantos años...

Le di la absolución y me abrazó llorando. Estaba inundado de gozo. Y mis lágrimas se unieron a las suyas.

Continué mi camino con una alegría en mi corazón como nunca antes en mi vida... Al llegar a Tortona, me eché en la cama para descansar y soñé con el Corazón de Jesús y su gran misericordia.

PEÑA BENITO, OAR, Ángel.

«San Luis Orione y la Divina Providencia».

Lima: Libros Católicos, [s. d.], p. 31.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXI, número 236, Marzo 2023

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

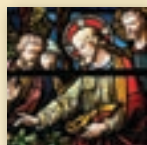
SUMARIO

Escriben los lectores 4

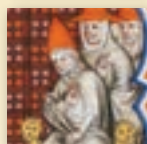
El resorte y la espada (Editorial) 5



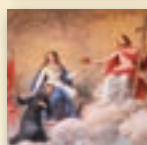
La voz de los Papas – La Iglesia no puede acallar al Espíritu de la Verdad 6



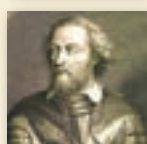
Comentario al Evangelio – Fuente de la vida verdadera 8



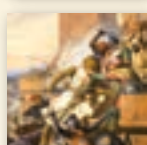
¿Y si un Papa del siglo XII hablara para nuestros días? 14



La Compañía de Jesús ante las persecuciones – ¡Resistencia y reacción! 16



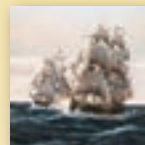
Un varón que salvó a la cristiandad 20



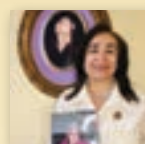
Todos estamos llamados al heroísmo 24



Beato Clemens August von Galen – El León de Münster 28



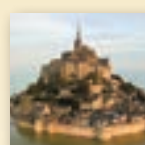
El Glorioso – La historia de un barco que hizo historia 32



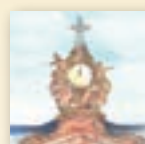
Confianza ciega en el amparo sobrenatural 36



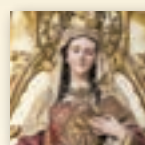
Heraldos en el mundo 40



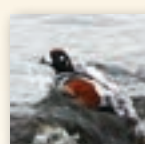
Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44



Historia para niños... – Salvada por dos niños y unos relojeros 46



Los santos de cada día 48



Ejemplo de resistencia 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

LUZ PARA ESTE MUNDO

El artículo *A propósito del fallecimiento de Benedicto XVI – El primero y el último Papa* me permite esclarecer lo que está sucediendo en la Iglesia, en medio de las incertidumbres y tinieblas del mundo en el que estamos viviendo. Siempre he creído que los Heraldos del Evangelio son los llamados a defender los ideales que nunca murieron y que, gracias a su fe y transmisión de ésta a través del apostolado que realizan, son la luz para este mundo.

Manuel Mojica Gómez
Via.revistacatolica.org

«A PROPÓSITO DEL FALLECIMIENTO DE BENEDICTO XVI»

Que el papa Benedicto XVI nos cuide desde el Cielo, porque cada día nos acercamos a un mundo tan lleno de miseria; necesitamos urgentemente la intervención del Reino de los Cielos. Gracias a los Heraldos del Evangelio he aprendido y sigo aprendiendo lo que es mi fe.

Laura Padilla Salazar
Via.revistacatolica.org

AVANZÓ SIN DESCANSO POR EL CAMINO DE LA SANTIDAD

Siento una gran admiración por tan excelente señora, Dña. Lucilia, de la que habla el artículo *La «suma de las edades» de una venerable dama*. Poseía una serie de cualidades que me parecen admirables: ese perfecto equilibrio entre la dulzura y la firmeza; esa manera de compaginar la amabilidad y cortesía con el saber estar en cualquier momento y circunstancia; su firmeza para seguir adelante en el camino de la fe, dentro de la Igle-

sia Católica, la única verdadera, aun viviendo en situaciones de grandes cambios sociales; pese a todo continuó siendo fiel a sus principios.

Siguió con paso firme en sus postulados y convicciones, y ello a pesar de verse menospreciada en muchas ocasiones. Seguramente esa gran devoción que tenía al Sagrado Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen, queriendo parecerse cada vez más a Ellos, fue lo que le hizo avanzar sin descanso por el camino de la santidad.

María Covadonga Montas
Via.revistacatolica.org

VERDADERO SENTIMIENTO ECLESIAL

El último número de esta revista trajo comentarios bellísimos sobre los desposorios místicos del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira con la Santa Iglesia. A este respecto, quisiera dar mi testimonio, o más bien, el de Mons. Albano Cavallin, por entonces arzobispo de Londrina.

Debido a mis actividades parroquiales, tuve la oportunidad de conversar a menudo con nuestro arzobispo. Una vez, me hizo la siguiente apreciación: «Sé que en varias ocasiones el Dr. Plinio divergía de la opinión de varios obispos de Brasil. Sin embargo, reconozco que siempre lo hacía de manera respetuosa y movido por un verdadero sentimiento eclesial».

Me pareció una actitud muy bonita la del añorado Mons. Cavallin, y que coincide con lo expuesto en esta revista.

Djalma Meneses Júnior
Londrina – Brasil

ME HA LLEGADO AL ALMA

Servir a Dios en todas las condiciones de la vida... Me ha llegado al alma este artículo. ¡Tantas cosas tristes que me ha tocado vivir! Y me las lloro todas, luego viene una paz y se las en-

trego a Dios, y me da la fortaleza que necesito. Sin Dios, no soy nada.

Tatiana Espinoza
Via.revistacatolica.org

PEREGRINAR EN LA MIRADA DE MARÍA

Siempre se ha dicho que la cara es el espejo del alma. ¿Y qué parte de la cara transmite más vida? Sin duda, los ojos. Con la mirada nos podemos comunicar las personas, sin necesidad de emitir ninguna palabra. En Nuestra Señora, la toda llena de gracia, su mirada busca la nuestra para entablar la conversación más dulce jamás soñada. Y esto será así si nos dejamos llenar de las gracias que Ella nos ofrece.

En su artículo *Peregrinando dentro de una mirada*, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira llamaba a este encuentro «peregrinación». Él sí se dejó llenar de esas gracias y por eso experimentó ese peregrinar en la mirada de María.

Mayte Huerta Heredero
Via.revistacatolica.org

«FULGURANTE TRAYECTORIA DE UN PAPA HISTÓRICO»

El papa Benedicto XVI es muy especial para mí; lo vi siempre al lado del papa Juan Pablo II, y cuando éste falleció deseé que él fuera el siguiente Papa, lo que a Dios gracias así fue. Tenía una gran luz, por lo menos yo así lo percibía; me dolió que renunciara, así como verlo tan abandonado, tan solo; sentía que arrastraba una gran pena.

Fue vapuleado, acusado de cosas horribles, por todos los medios trataban de acallarlo, creo que lo acorralaron. Aparentemente ellos triunfaron, pero la luz de Cristo brillará y esa oscuridad desaparecerá.

Olga Mireya Paredes Rojas
Via.revistacatolica.org

EL RESORTE Y LA ESPADA

A certadamente reza un viejo proverbio que «los hombres débiles crean tiempos difíciles». De ser así, entonces se comprenden los problemas de nuestra época... Escenas que promueven la cultura del victimismo, como las de reporteros llorando en directo o de padres temerosos de reprender a sus hijos, serían impensables hasta hace poco. Estamos inmersos en un mundo cada vez más «analgésico», cobarde y hedonista, en el cual huir del dolor y maximizar el placer parece que son el sentido mismo de la vida.

Tal situación exige la práctica de una de las virtudes más vilipendiadas en nuestros días: la fortaleza, sin la cual el alma se vuelve perezosa, pusilánime y mediocre. Es una virtud esencial porque, según Santo Tomás de Aquino, es condición de todas las demás, incluso porque el término virtud proviene del latín *virtus*, que equivale a *poder, fuerza*. Platón ya sostenía que la valentía era la virtud por antonomasia.

Como virtud *a se*, la fortaleza, por un lado, resiste al miedo y, por otro, avanza con audacia. En este sentido, opera, según la visión de Plinio Corrêa de Oliveira, a la manera de un «resorte», por su resistencia, y de una «espada», por su ataque —en latín *aggredi*. Conforme el Aquinate, al contrario de lo que pueda parecer, la dimensión «resorte» de la fortaleza requiere un esfuerzo mayor que el de la «espada», por el hecho de que el primero dura más y está, generalmente, en desventaja en la lucha y en peligro no remoto.

Todos los santos han practicado en grado heroico la virtud de la fortaleza en ambas modalidades. Con respecto a la «espada» del espíritu (cf. Ef 6, 17), basta recordar la osadía de los primeros jesuitas ante el acoso de las fuerzas del mal, la valentía del obispo Von Galen en sus sermones antinazis y la intrepidez de La Valette durante el sitio de Malta, como podemos leer en las páginas de esta edición.

No obstante, la parte de la resistencia —«resorte»— aparece mucho más entre las almas virtuosas, precisamente por ser multiforme y más duradera. Se distinguió en el martirio de innumerables fieles, los cuales se mantuvieron firmes ante los ataques de sus perseguidores, y se relaciona con la perseverancia, que resiste a las dificultades más adversas, así como con la paciencia, que es, según el Doctor Angélico, raíz y guarda de todas las virtudes.

Conforme señaló el Dr. Plinio, podemos observar en la Revolución ciertas experiencias que simulan las flexibilidades de un «resorte» y, en la mayoría de los casos, sus enfrentamientos con la Contra-Revolución suceden en el plano «resorte», es decir, en una disputa de resiliencia y determinación.

A veces la lucha entre «resortes» se ve interrumpida por momentos de «espada», cuando la batalla se recrudece. El «resorte» del bien es presionado de un modo tan irresistible que prorrumpe con el ímpetu de la resistencia acumulada. En estas ocasiones tienen lugar los grandes giros de la historia, a la manera de la Resurrección de Cristo, cuando la losa del sepulcro fue arrojada lejos.

El proverbio citado al comienzo continúa: «Los tiempos difíciles crean hombres fuertes». En efecto, en la época histórica más dolorosa de todas, durante la postrera lucha contra el Anticristo, cada fiel se convertirá, en la interpretación de San Ambrosio, en «una espada aguda de doble filo» (Ap 1, 16) que saldrá de la boca de Cristo, según la visión del Apocalipsis. Entonces serán vindicados todos los momentos de «resorte» de la historia. ✧



*El faro de
Whaleback, Maine
(Estados Unidos)*

Foto: Allan Wood
(nelights.com)



La Iglesia no puede acallar al Espíritu de la Verdad

Al igual que en los siglos pasados, también hoy hay personas o ambientes que, descuidando esta Tradición de siglos, quisieran falsificar la palabra de Cristo y quitar del Evangelio las verdades que, según ellos, son demasiado incómodas para el hombre moderno.

«**P**ermaneced firmes en la fe». Acabamos de escuchar las palabras de Jesús: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la Verdad» (Jn 14, 15-17). Con estas palabras Jesús revela la profunda relación que existe entre la fe y la profesión de la verdad divina, entre la fe y la entrega a Jesucristo en el amor, entre la fe y la práctica de una vida inspirada en los mandamientos. Estas tres dimensiones de la fe son fruto de la acción del Espíritu Santo. Esta acción se manifiesta como fuerza interior que armoniza los corazones de los discípulos con el Corazón de Cristo y los hace capaces de amar a los hermanos como Él los ha amado. Así, la fe es un don, pero al mismo tiempo es una tarea.

La tentación del relativismo

«Él os dará otro Consolador, el Espíritu de la Verdad». La fe, como conocimiento y profesión de la verdad sobre Dios y sobre el hombre, «viene de la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo», dice San Pablo (Rom 10, 17). A lo largo de la historia de la Iglesia, los Apóstoles predicaron la palabra de Cristo, preo-

cupándose de entregarla intacta a sus sucesores, quienes a su vez la transmitieron a las generaciones sucesivas, hasta nuestros días. Muchos predicadores del Evangelio han dado la vida precisamente a causa de la fidelidad a la verdad de la palabra de Cristo. Así, de la solicitud por la verdad nació la Tradición de la Iglesia.

Al igual que en los siglos pasados, también hoy hay personas o ambientes que, descuidando esta Tradición de siglos, quisieran falsificar la palabra de Cristo y quitar del Evangelio las verdades que, según ellos, son demasiado incómodas para el hombre moderno. Se trata de dar la impresión de que todo es relativo: incluso las verdades de la fe dependerían de la situación histórica y del juicio humano.

Pero la Iglesia no puede acallar al Espíritu de la Verdad. Los sucesores de los apóstoles, juntamente con el Papa, son los responsables de la verdad del Evangelio, y también todos los cristianos están llamados a compartir esta responsabilidad, aceptando sus indicaciones autorizadas. Todo cristiano debe confrontar continuamente sus propias convicciones con los dictámenes del Evangelio y de la Tradición de la Iglesia, esforzándose por permanecer fiel a la palabra de

Cristo, incluso cuando es exigente y humanamente difícil de comprender.

No debemos caer en la tentación del relativismo o de la interpretación subjetiva y selectiva de la Sagrada Escritura. Sólo la verdad íntegra nos puede llevar a la adhesión a Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación.

Nuestra respuesta al amor de Cristo

En efecto, Jesucristo dice: «Si me amáis...». La fe no significa sólo aceptar cierto número de verdades abstractas sobre los misterios de Dios, del hombre, de la vida y de la muerte, de las realidades futuras. La fe consiste en una relación íntima con Cristo, una relación basada en el amor de aquel que nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 11) hasta la entrega total de sí mismo. «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rom 5, 8).

¿Qué otra respuesta podemos dar a un amor tan grande sino un corazón abierto y dispuesto a amar? Pero ¿qué quiere decir amar a Cristo? Quiere decir fiarse de Él, incluso en la hora de la prueba, seguirlo fielmente incluso en el camino de la cruz, con la esperanza de que pronto llegará la mañana de la Resurrección. Si confiamos en Cristo

no perdemos nada, sino que lo ganamos todo.

En sus manos nuestra vida adquiere su verdadero sentido. El amor a Cristo lo debemos expresar con la voluntad de sintonizar nuestra vida con los pensamientos y los sentimientos de su Corazón. Esto se logra mediante la unión interior, basada en la gracia de los sacramentos, reforzada con la oración continua, la alabanza, la acción de gracias y la penitencia. No puede faltar una atenta escucha de las inspiraciones que Él suscita a través de su palabra, a través de las personas con las que nos encontramos, a través de las situaciones de la vida diaria. Amarlo significa permanecer en diálogo con Él, para conocer su voluntad y realizarla diligentemente.

Jesús cumplió toda la ley

Pero vivir nuestra fe como relación de amor con Cristo significa también estar dispuestos a renunciar a todo lo que constituye la negación de su amor. Por este motivo, Jesús dijo a los

Apóstoles: «Si me amáis guardaréis mis mandamientos». Pero ¿cuáles son los mandamientos de Cristo? Cuando el Señor Jesús enseñaba a las muchedumbres, no dejó de confirmar la ley que el Creador había inscrito en el corazón del hombre y que luego había formulado en las tablas del Decálogo. «No penséis que he venido a abolir la ley y los profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una “i” o una tilde de la ley sin que todo suceda» (Mt 5, 17-18).

Ahora bien, Jesús nos mostró con nueva claridad el centro unificador de las leyes divinas reveladas en el Sinaí, es decir, el amor a Dios y al prójimo: «Amar [a Dios] con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios» (Mc 12, 33). Más aún, Jesús en su vida y en su misterio pascual cumplió toda la ley.

Uniéndose a nosotros a través del don del Espíritu Santo, lleva con no-

sotros y en nosotros el «yugo» de la ley, que así se convierte en una «carga ligera» (Mt 11, 30). Con este espíritu, Jesús formuló la lista de las actitudes interiores de quienes tratan de vivir profundamente la fe: Bienaventurados los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia... (cf. Mt 5, 3-12).

Queridos hermanos y hermanas, la fe en cuanto adhesión a Cristo se manifiesta como amor que impulsa a promover el bien que el Creador ha inscrito en la naturaleza de cada uno de nosotros, en la personalidad de todo ser humano y en todo lo que existe en el mundo. Quien cree y ama se convierte de este modo en constructor de la verdadera «civilización del amor», de la que Cristo es el centro. ✧

Fragmento de:
BENEDICTO XVI.
Homilía, 26/5/2006.



Reproducción

Todo cristiano debe confrontar sus propias convicciones con los dictámenes del Evangelio, esforzándose por permanecer fiel a la palabra de Cristo, incluso cuando es exigente y humanamente difícil de comprender

Última audiencia general de Benedicto XVI, el 27 de febrero de 2013

EVANGELIO

En aquel tiempo, ³ las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». ⁴ Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». ⁵ Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. ⁶ Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. ⁷ Sólo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea».

¹⁷ Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. ²⁰ Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. ²¹ Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. ²² Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». ²³ Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará».

²⁴ Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». ²⁵ Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; ²⁶ y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

²⁷ Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

^{33b} Jesús se conmovió en su espíritu, se estremeció ³⁴ y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». ³⁵ Jesús se echó a llorar. ³⁶ Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!». ³⁷ Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que éste muriera?».

³⁸ Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. ³⁹ Dijo Jesús: «Quítad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». ⁴⁰ Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». ⁴¹ Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; ⁴² yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». ⁴³ Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». ⁴⁴ El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». ⁴⁵ Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en Él (Jn 11, 3-7.17.20-27.33b-45).

El Señor resucita a Lázaro - Catedral de San Quiliano, Cloyne (Irlanda)



Andreas F. Borchert (CC by-sa 3.0)

Fuente de la vida verdadera

Al encarnarse, el Señor nos dio vida en abundancia,
especialmente por la insondable dádiva de la gracia divina,
que supera en valor a cualquier manifestación de la existencia
natural sobre la tierra.



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – DIOS, ÚNICO SEÑOR DE LA VIDA

De entre los muchos descubrimientos que el hombre ha ido realizando a lo largo de los siglos, destacan los métodos de curación de diversas enfermedades, los cuales le han conferido a la medicina un extraordinario avance en el tratamiento de dolencias que antes eran mortales. ¿Quién podría imaginar, tan sólo dos siglos atrás, la existencia de determinados fármacos o los trasplantes de órganos que han salvado tantas vidas?

Sin embargo, pese a estos progresos, la humanidad jamás conseguirá hallar la ansiada «píldora de la inmortalidad». El final de nuestros días en esta tierra puede ser pospuesto por la ciencia, pero nada más en apariencia, pues la hora de la muerte solamente le pertenece a Dios, Señor de la vida. Así como vivimos en sus manos —aunque muchos se olviden de Él por completo—, moriremos en sus santas manos y, si somos buenos, resucitaremos para la felicidad eterna también por ellas.

He aquí el tema de la liturgia de este quinto domingo de Cuaresma: la vida.

En la primera lectura, Ezequiel compara al pueblo elegido, que se encuentra cautivo y sin esperanzas de regresar a la tierra prometida, con los muertos en sus tumbas. Con el propósito de henchirlos de ánimo, el Altísimo proclama por boca del profeta: «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis

que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra» (Ez 37, 12-14).

Por su parte, la segunda lectura (cf. Rom 8, 8-11) recoge un fragmento de la epístola de San Pablo a los romanos donde el Apóstol nos muestra que, por la Redención obrada por Nuestro Señor, tenemos en el Espíritu Santo la promesa de una vida impeccedera: «Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros» (8, 11).

Mediante estas consideraciones, la Santa Iglesia nos prepara, con maternal sabiduría, a que comprendamos adecuadamente la sublime lección escondida en el Evangelio, cuyo texto, profundo y lleno de sustancia doctrinaria, es, al mismo tiempo, sumamente conmovedor.

II – JESUCRISTO, FUENTE DE VIDA

Los Evangelios narran distintos milagros realizados por Jesús que confirman, por la vía de los hechos, la afirmación que Él hizo de sí mismo: «He venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10, 10). Esta efusión de vida se manifestaba de manera especial en el contacto personal con el Redentor, como fuente inagotable de salud corporal, pues «salía de Él una fuerza que los curaba a todos» (Lc 6, 19).

A despecho de los avances de la ciencia humana, la vida del hombre y la hora de su muerte están en las manos de Dios

Por razones providenciales, el Señor prefirió no ir inmediatamente a ver a su amigo enfermo, y cuando llegó a Betania encontró a Lázaro ya sepultado

Al leproso que le pedía: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Mt 8, 2); al ciego que le imploraba: «¡Que recobre la vista!» (Mc 10, 51); a la hemorroísa que intentaba tocar la orla de su manto (cf. Mt 9, 22); o al centurión romano que le suplicaba la curación de su siervo (cf. Mt 8, 6-8), a todos los atendía en sus anhelos. En algunas ocasiones el divino Maestro iba aún más lejos, llegando a devolverles la vida a quienes la habían perdido, como, por ejemplo, el hijo de la viuda de Naín (cf. Lc 7, 11-15) y la hija de Jairo (cf. Mc 5, 41).

Y este verdadero desbordamiento de vida alcanzó un auge inconcebible en el episodio del Evangelio de San Juan escogido por la liturgia para este domingo.

Tres hermanos, íntimos amigos del Señor

En aquel tiempo, ³ las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». ⁴ Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». ⁵ Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. ⁶ Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. ⁷ Sólo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea».

Lázaro, Marta y María, tres hermanos de una de las familias más nobles y ricas de Israel, tenían, entre otras propiedades, una amplia casa de campo en Betania, un sitio muy agradable y a tan sólo tres kilómetros de Jerusalén (cf. 11, 18). Marta, mujer emprendedora, organizada y eficiente, recibía allí a Jesús siempre que necesitaba descansar de sus tareas evangelizadoras. La íntima amistad con esta familia, que refiere el evangelista, se debía ciertamente al gran llamamiento de sus miembros y al reposo que su compañía le traía al Salvador.

Quizá no tuvieran aún una noción clara de que el Señor era Dios —que sólo podrían adquirirla por la Revelación—, pero estaban plenamente convencidos de que era el Mesías prometido y, en las más variadas circunstancias de su trato con Él, sentían sin duda el benéfico efecto de su presencia, mencionado antes, lo que naturalmente les hacía crecer en la fe.

Habiendo caído Lázaro gravemente enfermo, las dos hermanas le insistían al divino Maestro a través de mensajeros que fuera a Betania cuanto

antes, pues sabían que si llegaba a tiempo podría salvar a su amigo.

No obstante, Jesús prolongó su estancia en el lugar donde se encontraba y en ese ínterin Lázaro dejó esta vida. ¡Cuán dura habrá sido la prueba de Marta y de María al ver que su petición era rechazada, aparentemente, por aquel con quien tenían tanta intimidad!

Mientras tanto, el Señor trataba con los Apóstoles acerca de la enfermedad de su amigo con un lenguaje misterioso, afirmando que Lázaro tan sólo dormía (cf. Jn 11, 11-13).

Calculada llegada del Salvador

¹⁷ Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado.

Únicamente cuatro días después de la sepultura de Lázaro fue cuando el Señor compareció en Betania. Por la influencia de su familia de origen, los tres hermanos se relacionaban con la más alta sociedad de la época y, por tanto, al haberse difundido por los alrededores la noticia de la muerte del primogénito, «muchos judíos» (Jn 11, 19) acudieron desde las ciudades más cercanas a presentar sus condolencias. Éstas se prolongaban, en un período de duelo más intenso, durante una semana. Los visitantes se sentaban en corro, en torno de los parientes, y lloraban junto con ellos la muerte del ser querido.



Acceso al sepulcro de Lázaro en Betania (Tierra Santa)

Gustavo Krahl

No cabe duda de que allí no faltaron los notables del pueblo y muchos representantes de la secta farisaica, que jamás perdían la ocasión de pavonearse en situaciones como éstas, en las cuales, lamentablemente, la vanidad y los intereses mundanos hacen acto de presencia. Estas circunstancias serían providenciales para que el acontecimiento que pronto iba a producirse un eco incontenible en toda la nación.

Un lamento lleno de fe y amor

²⁰ Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. ²¹ Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. ²² Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá».

Cuando la anfitriona supo que el Señor estaba allí, fue a su encuentro, tratando de no llamar demasiado la atención, mientras María se quedó en oración con los visitantes. Este detalle muestra lo mucho que Marta, después de la reprensión de Jesús (cf. Lc 10, 41-42), había progresado en la vida espiritual hasta el punto de comprender que lo más importante era estar cerca de Él.

Su primera preocupación al acercarse al Salvador fue la de lamentar, con toda confianza, la muerte de su hermano. No obstante, conservaba una firme esperanza e insinuó con delicadeza que, aunque Lázaro hubiera fallecido, creía «aún ahora» en el poder del Maestro. ¿Estaría ratificando su fe, a pesar del aparente desmentido, y rogándole que resucitara a su hermano, o tan sólo pidiéndole por el alma del fallecido?

Todo indica que, aun de manera difusa, Marta confiaba en el poder del Señor, como diciendo: «Si quieres, puedes resucitarlo». Se trataba de una proclamación de fe movida por su gran amor a Jesús.

A la vista de los hechos que siguieron, es plausible pensar también que la conmoción del Señor por la muerte de Lázaro, y la nostalgia que sentía de su amigo, llegaron a un punto culminante cuando Él percibió la aflicción de Marta, desconsolada por la falta de su queridísimo hermano. Su sufrimiento fue la gota que hizo que desbordara el cáliz de la emoción del Hombre Dios.

He aquí una lección del amor que debe reinar entre nosotros los católicos, pues a menudo Dios nos concede gracias en atención a la preocupación manifestada por los demás.

Prueba para crecer en la fe

²³ Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará».

²⁴ Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día».

Al constatar la correspondencia de Marta a la gracia, el divino Maestro comenzó a exigirle cada vez más fe, indicándole que la respuesta dudosa que había dado a su delicada insinuación era una prueba para hacerla crecer en esa virtud... Mientras Jesús pronunciaba sus palabras, ciertamente la esperanza se fortalecía y la confianza se volvía inquebrantable en el alma de aquella dama.

Ahora bien, todo judío conocía la doctrina de la resurrección final, revelación hecha en el Antiguo Testamento. Al juzgar insuficiente para sus expectativas dicha respuesta, Marta como que le sugiere al Maestro que esperaba más. Esta fervorosa actitud permitirá que Él le haga una extraordinaria revelación.

Jesús, vida en esencia

²⁵ Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; ²⁶ y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

Todavía algo ambiguo en cuanto al propósito de la conversación, el Señor revela que Él mismo es la resurrección y la vida, por lo tanto, el autor de toda y cualquier resurrección y el sustentador de la vida eterna. Quien cree en Él no muere, pues la muerte física es un paso para llegar a la vida verdadera. Con tales palabras, llenas de sublimidad, Jesús confirma a Marta en su íntima convicción de que, por obra suya, su hermano vivirá.

El divino Maestro subraya su propósito con la enfática pregunta formulada al final: «¿Crees esto?». Una vez más, quiere que la fe de Marta aumente a cada paso, para mostrarnos que si tenemos esta virtud teologal bien robustecida, todo lo conseguiremos.

La confesión de Marta

²⁷ Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

La categórica respuesta de Marta pone de manifiesto cómo el Señor había logrado su objetivo, hasta el punto de que ella declara con respecto de Jesús algo similar —e incluso superior— a lo

En el diálogo con Marta, al declararle ser Él la resurrección y la vida, Jesús hace crecer en su alma la fe que lo llevaría a obrar el milagro

La conmoción del Hombre Dios le lleva a derramar lágrimas; tras orar al Padre, le ordena a Lázaro que salga de la tumba

que San Pedro confesó en Cesarea de Filipo. Si al proclamar: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16), Simón fue elevado al papado, ¿qué no merecería Santa Marta por afirmar: «Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo»?

Marta confiesa que Él es el Mesías, que Él es Dios; por tanto, ¡lo podía todo! Y esa fe movió al Señor a ir hasta la tumba de Lázaro.

La conmoción del Hombre Dios

^{33b} Jesús se conmovió en su espíritu, se estremeció ³⁴ y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». ³⁵ Jesús se echó a llorar. ³⁶ Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!». ³⁷ Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que éste muriera?». ^{38a} Jesús, conmovido de nuevo en su interior...

En estos versículos aparece un aspecto poco comentado, pero que merece atención: la armoniosa oposición existente entre las naturalezas humana y divina del Señor. ¡Es un verdadero misterio! En cuanto Dios, segunda Persona de la Santísima Trinidad, contempló esa muerte desde toda la eternidad y era su voluntad que Lázaro falleciera y permaneciera cuatro días en el sepulcro, para luego resucitarlo. En cuanto hombre, también sabía que esto sucedería, porque su alma estaba en la visión beatífica. Pero su voluntad humana, sin contradecir en nada los designios divinos, estaba rodeada de sentimientos de afecto, que pedían que su amigo no muriera.

Jesús se conmovió hasta las lágrimas. Tan sólo en otra ocasión vemos esta escena en los Evangelios: cuando llora sobre Jerusalén (cf. Lc 19, 41). Su llanto manifiesta el choque entre una naturaleza increada y una naturaleza creada; la divina, que se mantiene siempre inquebrantable, y la humana, obligada a colocarse a la altura de Dios.

Detalle de «La resurrección de Lázaro», de Giotto di Bondone – Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

Este episodio nos ofrece una pálida idea de lo mucho que necesitamos esforzarnos por vivir en consonancia con nuestra vocación cristiana, y nos muestra que las dificultades que esto conlleva son comprensibles. El Señor armoniza enteramente su voluntad humana con la divina, ¡y así debemos también nosotros actuar en relación con las exigencias de nuestra muy noble condición de hijos de Dios!

Una orden dada con imperio

^{38b} ...llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. ³⁹ Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». ⁴⁰ Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?».

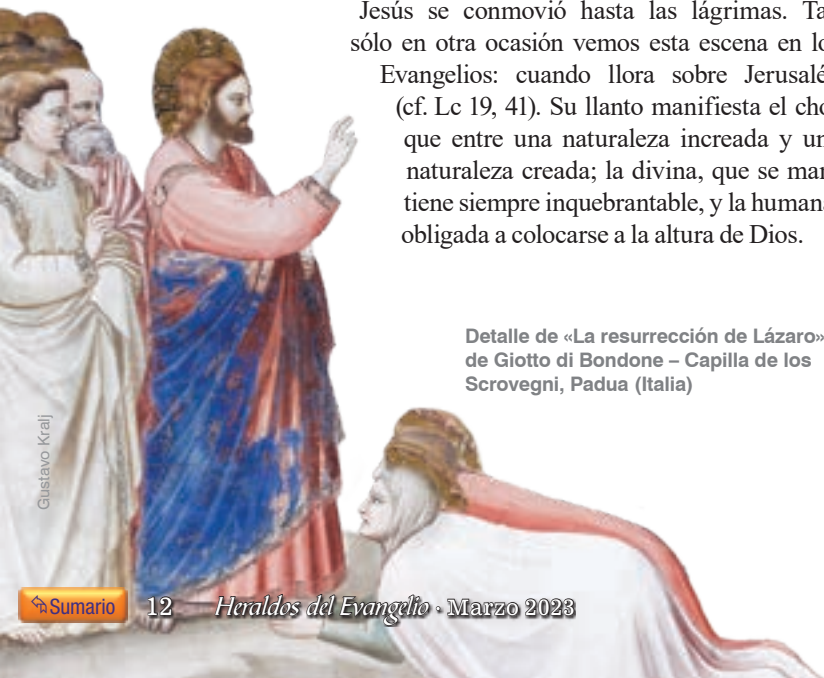
El evangelista señala, con razón, uno de los aspectos que más contribuirá a la estruendosa repercusión del milagro. En aquel tiempo se usaban como tumba algunas excavaciones o cavidades en la roca, y los cuerpos, ungidos con bálsamo y vendados, se dejaban en ciertos compartimentos en el interior de esas cuevas, las cuales, a su vez, eran lacradas por fuera con una piedra.

Ahora bien, el cadáver de Lázaro llevaba cuatro días en el sepulcro. Todos debieron haberse quedado espantados ante la orden dada por el Señor de retirar la losa, hasta el punto de que la propia Marta, a pesar de su fe, llama la atención del Maestro sobre este particular, quizá a petición de los que habían sido designados a remover la lápida que sellaba la tumba. Tal acto implicaría —además de la transgresión de una norma legal, tanto judía como romana, que impedía violar las sepulturas— sentir el desagradable e intenso olor de la muerte.

Sin embargo, el imperio del Señor fue tal que se impuso a cualquier objeción. Y a él se sumó la expectación en la que se encontraba la opinión pública, ávida por presenciar, aunque desde una perspectiva meramente humana, algún acontecimiento extraordinario.

Palabras que sólo Dios puede pronunciar

⁴¹ Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; ⁴² yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». ⁴³ Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera».



Bien podemos imaginar el tremendo hedor que salió del interior del sepulcro al rodar la piedra, pormenor que serviría para certificar de una manera aún más concluyente la veracidad del prodigio que estaba a punto de ocurrir. Este intervalo fue aprovechado por el Señor para hacer una bellísima oración, en la cual invocó al Padre eterno, pero sin implorarle la realización del milagro. Éste sería llevado a cabo por la voz omnipotente de aquel que minutos antes se había declarado «la resurrección y la vida», diciendo de forma imperativa: «Lázaro, sal afuera».

Él, que poco antes acababa de manifestar su humanidad llorando por su amigo, en este instante hace brillar su divinidad. En efecto, ¿quién tiene poder para darle órdenes a un muerto y ser obedecido por éste, sino Dios mismo?

Un milagro tras otro

⁴⁴ El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». ⁴⁵ Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en Él.

Si ya era un milagro fuera de serie resucitar a un muerto de cuatro días, otro prodigio lo haría aún más impactante. Como se mencionó anteriormente, en aquel tiempo los cadáveres se recubrían con telas de tal manera que era imposible que una persona viva, así envuelta, consiguiera andar y, mucho menos, subir las escaleras de la sepultura. Además, el trayecto de la salida de la tumba de Lázaro, conservada hasta nuestros días, es empinado y difícil de recorrer incluso para quien por allí transita en circunstancias normales. Ahora bien, el hermano de Marta y María subió, vendado, hasta la puerta del sepulcro y sólo entonces el Señor mandó que lo desataran para que pudiera caminar. ¿Cómo llegó hasta arriba? Milagro tras milagro, que mostraba de sobra la omnipotencia del Maestro.

Por este motivo, San Juan subraya que muchos de los judíos que habían presenciado la escena creyeron en el Señor. Muchos, sí; pero no todos, pues este hecho totalmente extraordinario fue el detonante de la condena a muerte del divino Redentor por parte del sanedrín (cf. Jn 11, 46-53), el cual también decidió asesinar a la prueba viva del milagro, el propio Lázaro (cf. Jn 12, 10).

La grandeza y el esplendor manifestados por el Mesías verdadero eran demasiado deslumbran-

tes para ser tolerados por quienes encarnaban la infidelidad de Israel al Dios único, que los había colmado de beneficios a lo largo de la Historia Sagrada. Misterio de iniquidad...

III – UN MILAGRO MÁS GRANDE QUE LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Los domingos de Cuaresma de este Ciclo A del año litúrgico ponen un particular énfasis en el papel de la gracia en el progreso espiritual. Así pues, la Santa Iglesia desea que las lecturas acerca de la vida presentadas en la liturgia de hoy sean aplicadas sobre todo a nuestra relación para con Dios, la cual se establece, de una manera especial, mediante la vida divina que nos es conferida en el sacramento del Bautismo. De hecho, la vida verdadera es aquella que tendremos después de la resurrección final —eterna e inmune a las enfermedades o cualquier otro efecto del pecado— cuya semilla recibimos en esta tierra con la gracia.

Introducir en una criatura la propia vida divina, sacándola del estado de muerte sobrenatural y elevándola a la categoría de hija de Dios, es una auténtica resurrección, infinitamente superior al impresionante milagro de la resurrección de Lázaro, e incluso a la resurrección de la humanidad entera, ya que una ínfima participación en la vida divina vale más que todo el universo creado.¹

Cuántos de nosotros a menudo le tenemos un aprecio extraordinario a la vida terrena, deseos de prolongarla eternamente. No obstante, estamos en este mundo de paso, para ser probados y, habiendo alcanzado la gracia de una buena muerte, esperar en la gloria el día en que el mismo Señor que le dijo a Lázaro: «¡Sal afuera!», nos dé también la orden de resucitar. Entonces recuperaremos nuestros cuerpos en estado glorioso y con ellos entraremos en la eterna bienaventuranza. ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO.
Suma Teológica. I-II, q. 112, a. 1.

Detalle de «La resurrección de Lázaro»,
de Giotto di Bondone - Capilla de los
Scrovegni, Padua (Italia)

*Introducir en
una criatura la
vida divina es
una auténtica
resurrección,
por la cual nos
convertimos en
hijos de Dios
y recibimos la
semilla de la
vida eterna*



¿Y si un Papa del siglo XII hablara para nuestros días?

¿Qué habría proclamado Calixto II si en lugar de convocar el Concilio de Letrán en 1123 lo hubiera hecho en 2023?

✠ **Ángelo Francisco Neto Martins**



No sería extraño que usted, lector —precisamente por el hecho de poseer el hábito de la lectura—, ya hubiera realizado el siguiente ejercicio mental: imaginar las reacciones llevadas a cabo por determinado personaje del pasado, si de repente apareciera en nuestro siglo. Es un sano pasatiempo en el que ponemos, como indispensable aderezo de la imaginación, al «hoy» como reo o juez de la historia.

Pues bien, dado que en este mes de marzo se cumplen respetables novecientos años del primer concilio ecuménico de Letrán, creemos que puede ser útil aplicar ese método a tal acontecimiento.

Después de todo, un concilio ecuménico siempre es un hito en la historia de la Iglesia. Convocados exclusivamente por los pontífices, impulsados por el ígneo soplo del Espíritu Santo y dotados de infalibilidad en las declaraciones dogmáticas acerca de la fe y de las costumbres,¹ tocan de cierta manera en la eternidad. Por otra parte, al contar entre sus participantes —al menos los visibles— tan sólo entes humanos, acaban también trazando el contorno psicológico de quienes, en cada época, los llevan a cabo.

A nosotros, habituados a la suavidad y al diálogo característicos de

nuestro tiempo, nos parece bastante instructivo conocer que no siempre los eclesiásticos pensaron o se expresaron de esa manera.

¿Qué habría proclamado un Papa, como Calixto II, si en lugar de convocar un concilio en 1123 lo hubiera hecho en 2023? ¿Qué errores tendría a bien enfrentar y corregir? Si nos asomamos a las principales determinaciones de Letrán, quizá obtengamos una respuesta.

La cuestión de las investiduras

Todo comenzó con un tema de jurisdicción. Debido a las donaciones de los fieles, obispos y abades se encontraban al frente de grandes extensiones de tierra. Muchas de estas posesiones se enmarcaban en el territorio de señores temporales, que poseían el derecho de vasallaje sobre los titulares de los feudos dentro de sus dominios, incluso si estos últimos fueran hombres de la Iglesia.

Sin embargo, con el tiempo, la prerrogativa degeneró en el abuso de que los laicos comenzaron a elegir a quienes ocuparían los cargos eclesiásticos. De esta y otras confusiones surgió la famosa «querella de las investiduras», la cual se resolvió —al menos en teoría— con el Concordato de Worms, en 1122. En éste se definirían tanto

los derechos de la Iglesia como los del Estado: el emperador Enrique V reconocía como atribución exclusiva del Santo Padre la potestad de conferir los cargos eclesiásticos, mientras que el pontífice aceptaba el señorío del monarca sobre los clérigos que le debían vasallaje.² Aprovechando el momento, el Papa convocó también un concilio para poner fin solemnemente a la cuestión.

De hecho, desde Augusto, Herodes y Pilato hasta hoy, las relaciones entre la Iglesia y el gobierno temporal nunca han sido sencillas. Tal vez teniendo esto en mente, el propio Cristo definió un modelo de convenio: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Lc 20, 25). Sabios términos escogió el Salvador: si el Altísimo domina el universo entero, todo es suyo. Poco debe quedarle al César, a no ser lo que Él mismo le delega...

Respondiendo al mandato de Jesús, Calixto II tuvo el mérito de apaciguar la codicia del emperador, sin privarle a Dios lo que le pertenece.

Es cierto que, en aquella época, la altura moral de un Papa aún le conferiría una gran autoridad sobre los gobernantes, facilitando esta clase de actitudes; eran otros tiempos, otros hombres, otras circunstancias.

Sin duda, en la actualidad, si quisiéramos conjeturar cómo un pontífice del siglo XII mantendría relaciones diplomáticas con determinados estados, necesitaríamos una buena dosis de imaginación...

Las bóvedas de Letrán

Llega el 18 de marzo de 1123. Occidente y la Basílica de San Juan de Letrán acogen por primera vez un concilio ecuménico. Las campanas repican. La multitud se agolpa para ver el cortejo de más de trescientos obispos seguidos del sucesor de Pedro. Bajo las bóvedas del histórico templo comienzan las sesiones que se prolongarán hasta el 6 de abril.³

En los cánones presentados a los padres conciliares, dos son los objetivos principales: el primero, consolidar el reciente resultado de las negociaciones de Worms; el segundo, contener una nueva decadencia del clero recordando las normas eclesásticas sobre la simonía y el celibato sacerdotal.⁴

Simonía y ley de la gravedad

Al igual que ocurre en el mundo físico, existe una especie de «ley de la gravedad» de las instituciones: si no hay un esfuerzo continuo por mantenerlas en ascensión, se desploman. Y uno de los lastres más antiguos, universales y eficaces es el dinero.

En los tiempos de Letrán, recrea el prestigio de la Iglesia y con él, el de los eclesiásticos; prestigio que la devoción de los fieles lo hacía rentable. Nada más natural, pues, que iniciar un negocio en el cual el oro obtuviera los nombramientos eclesiásticos —nótese bien: natural no es sinónimo de legítimo...

Sobre ello, el concilio se expresó con claridad meridiana. Hacemos hincapié en recordar aquí las palabras del canon, porque hay ciertas leyes —a diferencia de la gravedad— que suelen olvidarse a menudo: «Prohibimos de todo punto que nadie sea ordenado o



Gustavo Kraijl

El Primer Concilio de Letrán recuerda la doctrina secular de la Iglesia, proclamándola para todos los siglos

Basílica de San Juan de Letrán, Roma.
En el destacado, el papa Calixto II



promovido por dinero en la Iglesia de Dios. Y si alguno hubiere de ese modo adquirido la ordenación o promoción en la Iglesia, sea absolutamente privado de su dignidad».⁵

Todavía sobre asuntos pecuniarios, el concilio prohibió que los laicos se inmiscuyeran en la administración de los bienes eclesiásticos. En aquellos tiempos, la pastoral seglar se teñía de otros matices...

Un problema multisecular

El tema del celibato, ya debatido exhaustivamente, nos dispensa cualquier presentación.⁶

Basta mencionar que, una vez más, Letrán recuerda la doctrina por entonces secular de la Iglesia, proclamándola para todos los siglos: «Prohibimos absolutamente a los presbíteros, diáconos y subdiáconos la compañía de concubinas y esposas, y la cohabitación con otras mujeres fuera de [...] la madre, la hermana, la tía materna o paterna y otras semejantes, sobre las que no puede darse justa sospecha alguna».⁷

Un interrogante que nos responde

Concluido este pasatiempo imaginativo y despidiéndonos respetuosa-

mente de Calixto II que regresa a su era histórica, podríamos atrevernos a indagarle aún por última vez: ¿qué necesidad hay de que nosotros, católicos del siglo XXI, conozcamos las normas dictadas por la Santa Iglesia a un clero de hace poco menos de un milenio?

Quizá el lector se quedaría bastante desconcertado si escuchara al Papa medieval responder con otra pregunta: ¿por qué se insiste en que la Iglesia tiene una moral retrógrada si en el fondo los hombres son siempre los mismos, con los mismos problemas y las mismas soluciones? ♦

¹ Cf. CIC, can. 749 § 2.

² Cf. ROHRBACHER, René François. *Histoire Universelle de l'Église Catholique*. 5.ª ed. Paris: Gaume Frères et J. Duprey, 1868, t. VIII, p. 113.

³ Cf. HEFELE, Charles-Joseph. *Histoire des conciles*. Paris: Letouzey et Ané, 1912, t. V, pp. 630-631.

⁴ Cf. DH 710-712.

⁵ DH 710.

⁶ Al respecto, véase el artículo: MORAIS, Víctor Hugo. «El valor de un alma cas-ta». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año XX. N.º 227 (jun, 2022); pp. 16-19.

⁷ DH 711.

¡Resistencia y reacción!

«Precisamos de nuestra reputación para ejercer con fruto el apostolado; no podemos ni debemos permanecer bajo el lastre de una calumnia. Necesitamos que se nos haga justicia para mayor gloria de Dios».



✠ **Hna. Luciana Niday Kawahira, EP**

Una embarcación que enfrenta al mar embravecido, con riesgo de hundirse en cualquier momento y que resiste al impacto de las tempestuosas olas, nos puede servir de analogía a la trayectoria de ciertos hombres y mujeres que marcaron la historia de la Iglesia y de las naciones por sus virtudes heroicas.

Estas almas atravesaron situaciones paroxísticas, contradictorias y humillantes, según el parecer del mundo, y les dejaron a las generaciones futuras un notable ejemplo de resistencia. Comprendieron el lenguaje de los sabios y siguieron el camino indicado por el Redentor: ¡la obediencia a la voluntad del Padre!

¿Quiénes eran?

Remontémonos al siglo XVI. Innumerables barcos desafiaban los océanos y recorrían el orbe para satisfacer los anhelos de los grandes soberanos. En esta coyuntura, la Santísima Virgen conquistó en España el corazón de un varón de alma fogosa y caballeresca: Íñigo López de Loyola.

Tras la célebre conversión de quien a partir de entonces se llamaría Ignacio, el ilustre guerrero —noble de linaje, pero sobre todo de carácter—, guiado por un soplo del Espíritu Santo, congregó a unos pocos hombres para

constituir un escuadrón en defensa de la nave de Pedro. Llamaban la atención por donde pasaban: en plazas, colegios, universidades, cortes, púlpitos y otros ambientes eclesiásticos, eran objeto de aplausos o de censuras. Dispuestos a enfrentar todas las clases de riesgos, educaban a las conciencias «reformadas» por las herejías de la época.

¿Cómo los definiríamos? ¿Intrépidos misioneros? ¿Astutos diplomáticos? ¿Agradables consejeros? ¿Sabios educadores? ¿Humildes religiosos o piadosos sacerdotes? Entonces, ¿quiénes eran? «A los que nos pregunten qué somos, les responderemos que somos soldados de la Santa Iglesia, alistados bajo la bandera de Jesucristo, y que formamos la Compañía de Jesús»,¹ declarara el fundador a sus primeros discípulos.

Nuevos apóstoles de Jesucristo

En una época en que la herejía de Lutero infundía en las almas el espíritu de insumisión y rebeldía contra la autoridad espiritual y temporal, le convenía al sumo pontífice acoger a estos varones que le ofrecían ciencia, talento y, ante todo, un celo sin medida por la ortodoxia. El papa Pablo III supo ver en la naciente congregación un arma poderosa con la que Dios municiónaba a su Iglesia: a los jesuitas les confió cátedras desde las cuales po-

drían enseñar la sana doctrina y combatir el error; y en cuanto a su santo fundador, le fue otorgada la misión de predicar la reforma de las costumbres en Roma, que yacía tristemente corrompida por la inmoralidad.

San Ignacio predicaba por las calles y en plazas públicas sin tener en cuenta los escarnios que sufría por no saber hablar bien el italiano. La santidad de su vida y la dulzura de sus palabras subyugaron a la turba de los que se mofaban de él, que enseguida se agolparon para escucharlo. Así comenzaba la expansión de la nueva Orden.

Sin embargo, el mal no tardó en presentarse bajo «piel de cordero», a fin de destruir este apostolado. Para ello, se valió de una milenaria artimaña: la difamación.

«¡Que se nos haga justicia!»

Durante ese período también predicaba en la Ciudad Eterna un fraile agustino, llamado Agustín de Piemonte, que tenía gran aceptación entre los fieles, aunque sus palabras estaban lejos de merecer la admiración que suscitaban.

Al cabo de un tiempo quedó claro para algunos que el próspero predicador era, en realidad, un partidario secreto de Lutero. Alertado de esto, San Ignacio lo amonestó con prudencia y caridad, pero el pérfido monje se enfureció y, temiendo a la Inquisición,

denunció a los jesuitas como autores de las herejías que le acusaban, mencionando incluso la existencia de supuestas pruebas.

¿Y la gente? Se creyó ciegamente las difamaciones que venían del púlpito... Los jesuitas, hasta entonces venerados por todos, se convirtieron ahora en blanco del horror. Pues bien, el rechazo popular no logró amedrentar a la pequeña Compañía de Jesús; al contrario, suscitó en el alma de su santo fundador una reacción que sus adversarios no esperaban.

«Tenéis razón en lo de conservar la calma —les decía a sus discípulos—, pero precisamos de nuestra reputación para ejercer con fruto el apostolado; no podemos ni debemos permanecer bajo el lastre de una calumnia que haría imposible o infructuoso nuestro apostolado; por lo tanto, necesitamos que se nos haga justicia para mayor gloria de Dios, nuestro Señor».² Como el Espíritu Santo guiaba a aquellos hombres, a causa de su virtuosa reacción la verdad salió a la luz. Fray Agustín se tuvo que declarar adepto de Lutero y sus cómplices fueron juzgados y condenados.

Martirios en alta mar

Unos sesenta y cinco años después de la fundación de la Compañía, transcurridos en medio de otras muchas persecuciones, el odio de los enemigos de Cristo se lanzó con virulencia contra ella, esta vez en un cruento ataque.

Durante el generalato de San Francisco de Borja, una difícil misión atrajo el celo de numerosos jesuitas. Se trataba de partir hacia el Nuevo Mundo bajo la dirección del Beato Ignacio de Azevedo, el cual, tras haber realizado un primer reconocimiento en la Tierra de Santa Cruz, había regresado a Europa en busca de más apóstoles.

Una vez obtenida la aprobación de su superior general y del Papa, salió

de Lisboa llevándose consigo a setenta misioneros, repartidos en tres embarcaciones. No obstante, a causa de una violenta tormenta, el barco San Diego, en el que iban Ignacio de Azevedo y treinta y nueve misioneros más, terminó separándose del resto. Entonces aparecieron cinco navíos corsarios, uno de ellos bajo el mando del pirata calvinista Jacques Sourie. Este hombre infame, gritando con odio satánico, reveló la razón que le movía a atacarlos: «¡A los jesuitas! ¡A los jesuitas! No hay cuartel para esos canallas. Van a Brasil a plantar la se-



Ese día, las aguas del mar se tiñeron de rojo al presenciar la valentía de los guerreros de Cristo

Los cuarenta mártires de Brasil, de Giuseppe Bagnasco - Iglesia de los Jesuitas, Palermo (Italia)

milla de las falsas doctrinas; ¡acabemos con ellos!».³

Comenzó una terrible carnicería, y los hijos de San Ignacio entregaron sus vidas, uno tras otro, en un fulgurante martirio. Tan sólo se salvó el Hno. Juan Sánchez, condenado a servir de cocinero para los calvinistas. Las aguas del mar, rubras de sangre inocente, tuvieron ese día el honor de ser escenario de este heroico episodio y testigo de la valentía de aquellos guerreros de Jesucristo. Era el 15 de julio de 1570.

Después de que treinta y nueve miembros de la Compañía ya habían subido al Cielo, se oyó un grito desde la cubierta:

—¡Todavía estoy aquí! Yo también soy de la Compañía de Jesús.

—Tu no viste el hábito de estos papistas; no mereces la muerte —le contestó Jacques.

En ese mismo momento, el muchacho se inclinó sobre el cuerpo de uno de los que allí yacían, lo despojó de su sotana ensangrentada y, tras vestirla, le dice al corsario:

—¡Heme aquí! Durante el viaje admiré las virtudes de los jesuitas, los amé, me sentí llamado a pertenecer a la Compañía, le pedí al P. Azevedo que me recibiera como postulante, y él me lo prometió; te pido que cumplas ahora esa promesa.

Era Juan, sobrino del capitán del barco. No contentándose con permanecer en esta tierra cuando su corazón estaba ya en el Cielo, este joven completó con su coraje el número de los cuarenta mártires de Brasil.

Reacción protegida por el Cielo

¡Compañía de Jesús! Su simple mención movía la piedad de incontables católicos, haciéndoles repetir con reverencia el dulce nombre del Redentor. Pero como la suerte de los justos es la tribulación, nuevos vientos contrarios no tardaron en atormentarla.

El papa Sixto V, elegido el 24 de abril de 1585, intentaba involucrar en ciertas disputas políticas de Francia al mayor número posible de Órdenes monásticas. El superior general jesuita, Claudio Acquaviva, sin embargo, les había prohibido a sus religiosos que se metieran en tales asuntos, con el fin de conservar el espíritu de la Compañía dentro de los límites establecidos por San Ignacio.

Al enterarse de esto, el Santo Padre se disgustó y lo tomó como un acto de

oposición... Empezó a quejarse del excesivo poder que las constituciones de la Orden le atribuían al general de los jesuitas y resolvió modificarlas. Las enmiendas que proponía, no obstante, habrían arruinado la economía de la congregación y adulterado esencialmente su espíritu si se hubieran aplicado.

Inspirado por Dios, Claudio Acquaviva decidió no resignarse a esta contrariedad. Le mostró los inconvenientes, le insistió y le hizo comprender al sumo pontífice la imposibilidad de conciliar el pensamiento del fundador con una constitución tan distinta a la que él había creado; y así obtuvo algunas concesiones. Pero Sixto V se mostraba inflexible en querer cambiar el nombre de la Orden.

«Consiento en dejaros el nombre de jesuitas —decía a menudo el Papa, en privado. Pero no consentiré jamás en dejar que la Orden use el nombre de *Compañía de Jesús*. ¡Compañía de Jesús!, repetía. ¿Quiénes son estos sacerdotes de los que no se puede hablar sin que uno se descubra la cabeza?».⁴

El general de la Orden «oraba y esperaba el auxilio de lo alto, luchando siempre, pero con tanta mansedumbre en su firmeza y tanto respeto en su lenguaje, que el Papa no podía juzgarse ofendido por su humilde resistencia».⁵ Finalmente, al haber hecho voto de obediencia al sumo pontífice, tuvo que someterse a las determinaciones papales: debía redactar un documento en el

que solicitara el cambio de nombre de la Compañía, pues el pontífice no deseaba que recayera en él esa iniciativa, sino que se pensara que tan sólo la había permitido. Hecho esto, Acquaviva se presentó ante Sixto V. Éste, satisfecho, cogió el documento, se lo llevó y lo guardó bajo llave en su escritorio. Era el 18 de agosto de 1590.

Tras ese encuentro, el padre general les recomendó a varios de sus novicios que comenzaran una novena rogando la protección divina. Y sus oraciones no tardaron en ser atendidas, de forma completamente inesperada: el último día de la novena, el pontífice, que desde hacía tiempo venía padeciendo una enfermedad mortal, extenuado por las fatigas y por los años, expiró sin haber publicado aún el decreto que debería abolir el título de la Orden. El 5 de diciembre de ese mismo año, Gregorio XIV promulgó una bula donde le confirmaba a la obra de San Ignacio su amado nombre de Compañía de Jesús. Era, sin duda, la celosa protección del fundador que, desde la eternidad, continuaba guiando a su escuadrón.

La triste supresión de la Orden

Después de esta victoria, bajo su glorioso y honroso nombre, la Orden de San Ignacio atravesó cerca de dos siglos trabajando por la salvación de las almas, la evangelización del mundo y la defensa de la Iglesia, hasta que se volvió completamente insoportable

para los infiernos. Éstos, asociados a la codicia de ciertos príncipes y gobernantes, decidieron ponerle fin a su existencia. Y, de hecho, lo hicieron.

El 21 de julio de 1773, las campanas de la iglesia de Gesù tocaron a una hora inusual, llamando la atención en el Vaticano:

—¿Por qué doblan las campanas en el Gesù? —pregunta el sumo pontífice.

—Anuncian la novena en honor de San Ignacio, Santidad.

—Os engañáis —contesta el Papa, con profunda tristeza—. No es por los santos que el Gesù toca. ¡Es por los muertos!

Ese día el cardenal Marefoschi le presenta a Clemente XIV el documento *Dominus ac Redemptor*, que suprimía la Compañía de Jesús en todo el mundo. No se trataba de una bula, que habría comprometido a los próximos sucesores de San Pedro, sino de un breve, un documento fácilmente revocable, que el pontífice había accedido a firmar únicamente a causa de la desmedida presión de los enemigos de la Compañía. Sin embargo, sus consecuencias no dejaban de ser graves. «El Papa firma el breve y, dice el cardenal Pacca en sus *Memorias*, después de firmarlo, tira el papel a un lado, la pluma al otro ¡y enloquece! ¡Esta firma le había costado la razón al infeliz pontífice! A partir de ese día, sólo gozó de sus facultades mentales unos breves instantes».⁶

Habiéndose vuelto su existencia insoportable para los infiernos, los jesuitas se enfrentaron a una nueva y terrible prueba: la supresión de la Orden

En el destacado, el papa Clemente XIV - Museo de Rimini (Italia). Al fondo, Iglesia del Gesù - Roma



Reproducción

Reproducción

No había pruebas que los incriminaran...

Menos de un mes después de este episodio, al anochecer del día 16 de agosto, un sacerdote, acompañado por soldados y policías de los Estados Pontificios, hizo que abrieran las puertas del Gesù. Le enseñó al superior general, el P. Lorenzo Ricci, la orden de supresión de la Compañía. Tras la lectura del documento, los agentes comenzaron a sellar los archivos, los papeles de los religiosos, los libros de contabilidad, la procuraduría, la sacristía...

El 22 de septiembre, el padre general fue encerrado junto con algunos jesuitas más en la prisión del castillo de Sant'Angelo, por una supuesta determinación del Papa, que estaba demente, pero en cuyo nombre se hacía todo.

En verdad, lo que se andaba buscando en todas las casas jesuitas era dinero. «Se hablaba tanto de sus riquezas, de las minas de oro de Paraguay, de la fortuna que los grandes hidalgos aportaban a la institución, que cada cual se frotaba las manos con la esperanza de llevarse una buena parte del botín».⁷ En este sentido, las inocentes víctimas eran interrogadas con insistencia.

—¿Se ha hecho algún cambio en el instituto durante su gobierno? —le preguntó un abogado al superior general.

—Absolutamente ninguno. Tuve el cuidado de conservar su integridad.

—¿Ha habido abusos en la Orden?

—No hubo abuso de ninguna clase, por misericordia divina. Al contrario, reinaba en la Compañía mucha caridad, lo que se ha demostrado durante quince años de tribulaciones extremas, en los cuales no se ha visto ningún trastorno ni agitación interna,



Los santos varones jesuitas dejaron para los siglos futuros un ejemplo de resistencia en medio de la persecución

San Ignacio de Loyola con las Constituciones de la Compañía de Jesús - Palacio Ducal, Gandía (España)

y todos permanecen muy unidos a su estado religioso.

—¿Dónde están los tesoros de la Orden? ¿Tenéis muebles o dinero en los sótanos del Gesù? ¿Habéis enviado dinero fuera de Roma?

—No existe ningún tesoro. La creencia de tesoros aplicados o escondidos sólo es un rumor popular sin fundamento, inventado quizá por enemigos, o provocado por el esplendor de nuestras iglesias; es un verdadero delirio, y no logro entender cómo hay gente de prestigio que cree en ese cuento. Después de tanta búsqueda, tanto en Roma como en otras partes, debían haberse convencido de ello.

Las minuciosas investigaciones prosiguieron, sin resultado alguno.

Finalmente, ninguna prueba pudo justificar el cierre de la Orden ni la detención de sus miembros. «El Papa, cuya agitación moral era extrema, caminaba a menudo a pasos largos por sus aposentos gritando: “¡Perdón! ¡Perdón! ¡Me obligaron!”». El remordimiento lo carcomía, a pesar de su demencia, y no lo dejaba descansar ni de día ni de noche».⁸

¡Un ejemplo a seguir!

Sin abandonar jamás su obediencia humilde, religiosa y admirativa, no solamente en los expresivos hechos aquí presentados, sino en innumerables otras ocasiones, los santos varones jesuitas dejaron para los siglos futuros un ejemplo de resistencia en medio de la persecución. Odiada y traicionada —pero nunca olvidada— la armada católica fundada por San Ignacio nos enseña que las recomendaciones evangélicas acerca de la mansedumbre de cara a nuestros enemigos personales no se aplican a los enemigos de la Iglesia. Éstos son adversarios del propio Dios, a los que debemos tratar con la sagacidad de la serpiente (cf. Mt 10, 16) y a cuyas artimañas hemos de resistirles firmes en la fe (cf. 1 Pe 5, 9), para que el Reino de Cristo se establezca en la tierra.

Roguémosle, pues, a los santos de esta gloriosa milicia que nos obtengan de Dios la misma caridad que los animó durante su vida, para que podamos atraer el mayor número posible de almas al seno de la Santa Iglesia, respetar y perdonar con ilimitada paciencia a nuestros hermanos en la fe, y combatir *ad maiorem Dei gloriam*⁹ a todos aquellos que rechazan, sobre sí mismos y sobre el mundo, el imperio de Jesucristo. ✧

¹ DAURIGNAC, J. M. S. *História da Companhia de Jesus*. Rio de Janeiro: CDB, 2018, t. 1, p. 36.

² Ídem, p. 40.

³ Ídem, p. 160.

⁴ Ídem, p. 225. Era una piadosa costumbre del pueblo cristiano que los hombres «se descubrieran la cabeza» al oír el nombre de Jesús.

⁵ Ídem, ibidem.

⁶ DAURIGNAC, J. M. S. *História da Companhia de Jesus*. Rio de Janeiro: CDB, 2018, t. 2, p. 190.

⁷ Ídem, p. 193.

⁸ Ídem, p. 195.

⁹ Del latín: «A mayor gloria de Dios». Éste es el lema de los jesuitas, expresión acuñada por el propio San Ignacio de Loyola.

Un varón que salvó a la cristiandad

Embragados de presunción, los turcos avanzaron con un poderoso ejército contra la isla de Malta. No esperaban, sin embargo, encontrar allí una resistencia que marcaría la historia.



Gabriela Cristina Rodrigues da Silva



Fotos: Replicare

Tsla de Rodas, 1523. Dos individuos contemplan la misma escena desde distintas posiciones. Uno de ellos, lleno de odio contra la cruz de Cristo, se encuentra en la playa, observando un barco enemigo que se va alejando poco a poco mar adentro. El otro, sumamente idealista, está en la popa de la embarcación, abandonando con pesar su fortaleza conquistada y rogándole a Dios que le diera un vigoroso amor a la fe que el enemigo tanto odiaba y le permitiera regresar al combate para defender a la Santa Iglesia.¹

Estos dos personajes eran la perfecta antítesis el uno del otro. El primero, Lala Kara Mustafa Pasha, futuro gran visir del Imperio otomano, estaba al servicio de su ambicioso sultán Solimán el Magnífico. El segundo, Jean Parisot de La Valette, perteneciente a la Orden de San Juan de Jerusalén, cuyos miembros eran conocidos como Caballeros Hospitalarios, luchaba a las órdenes del gran maestre Philippe Villiers de

L'Isle-Adam, a quien sucedería más tarde.

Ambos se habían enfrentado por primera vez en el sitio de Rodas, batalla en la que los católicos, tras una intensa resistencia y habiendo causado graves daños a su adversario, fueron, infelizmente, derrotados y obligados a ceder su bastión.

Ahora bien, la historia de estos dos futuros comandantes no acabó en aquel tenebroso momento. La Divina Providencia les había reservado

un reencuentro aún más desafiante y decisivo.

El futuro de Europa puesto en jaque

Cuarenta años después del enfrentamiento en Rodas, Solimán volvió a atacar los dominios cristianos por medio de su representante Mustafa Pasha, esta vez en la isla de Malta. Lo que no esperaba, sin embargo, es que encontraría al frente de las tropas adversarias a un alma de elección, cuya fe y gallardía valían incomparablemente más que todas sus fuerzas humanas.

«En la primavera de 1565, el gran maestre [La Valette] tenía 60 años. Tras él quedaba una vida de servicio ininterrumpido a la Orden [hospitalaria]. Excepcionalmente entre los caballeros, a partir del momento en que vistió la túnica de la Orden, con 20 años, nunca volvió a la casa de su familia, en Francia. Lo había dado todo en la guerra en nombre de Cristo: había sido herido gravemente en una lucha con corsarios bereberes; había

La Providencia le reservó a La Valette un reencuentro más desafiante con un antiguo enemigo al que había enfrentado en la isla de Rodas...

sido capturado y estuvo un año como esclavo en una galera».² No obstante, jamás se dejó vencer por las dificultades, pues estaba imbuido de una fe profunda en su misión.

Al igual que toda la cristiandad, tenía muy presente la importancia de la isla de Malta para la contención del avance otomano: si el enemigo la conquistase, Europa estaría expuesta a invasiones y masacres. Entonces, cuando fue alertado del inminente ataque de Solimán sobre este estratégico frente, comprendió que el destino de la Orden de San Juan e incluso de Occidente se hallaba en sus manos.

El sultán, dominado por una delirante presunción, envió a la isla su poderoso ejército: ciento treinta galeras, treinta galeotas, nueve barcasas, diez grandes galeones, doscientas embarcaciones de transporte menores y cerca de veinticuatro mil combatientes, seis mil de los cuales integraban su tropa de élite, los llamados jenízaros. Toda su flota se presentó ricamente adornada, con barcos entallados, estandartes, banderas rojas y blancas, suntuosas tiendas de seda y brocado.

La Valette contaba aproximadamente con ocho mil hombres —de ellos, sólo quinientos eran Caballeros Hospitalarios—, a los cuales se incorporaron algunos campesinos malteses. Y para aumentar su terrible prueba, las fortalezas de la isla desde hacía tiempo necesitaban reformas. «Situación insostenible», concluyeron algunos. Pero el gran maestre sabía que no teniendo nada, lo tenía todo: luchando con escasos recursos, recibiría la victoria de manos del Todopoderoso, que por ellos velaba.

¿Fidelidad o capitulación?

Al amanecer del 18 de mayo, los centinelas avistaron velas en el horizonte. Enseguida sonaron disparos de advertencia, tambores y trompetas, y señales de fuego difundieron la noticia por toda la isla. La población civil se refugió en las fortificaciones mien-

tras los combatientes ocupaban sus puestos. En torno al mediodía, los defensores tenían ante sí un espectáculo aterrador, según lo registró uno de los testigos: «A unos 15 o 20 km de Malta la armada turca era claramente visible, velas hinchadas, de modo que el tejido de algodón blanco cubría la mitad del horizonte hacia el este».³

La batalla no tardó en iniciarse, y la audacia de los católicos, en brillar en los cielos de la historia.

Mustafa Pasha había enviado un contingente de soldados a la costa oeste de la isla para que la invadieran durante la noche, sin que fueran vistos.



El sultán Solimán - Palacio del Senado, Madrid. En la página anterior: El sitio de Malta - Palacio del Gran Maestre, La Valette; en el destacado, Jean Parisot de La Valette, de Laurent Cars

Al enterarse del inminente ataque de Solimán sobre Malta, La Valette comprendió que el destino de Occidente se hallaba en sus manos

No obstante, vigilantes como verdaderos hijos de la luz, los centinelas avisaron los barcos invasores anclados en las aguas de una serie de pequeñas bahías. Antes de rayar la aurora, un destacamento de caballería avanzó hasta el lugar bajo el mando de un guerrero francés, La Rivière, con la misión de tenderles una emboscada a los intrusos y tomarlos prisioneros.

«La Rivière y algunos hombres estaban bien agazapados, acechando a la vanguardia, ganando tiempo, cuando uno de los jinetes rompió el cubrimiento y galopó en dirección hacia ellos. Confuso, La Rivière salió de su escondite y fue descubierto por los turcos. Ante su sorpresa, el francés no tuvo más remedio que atacar al enemigo, pero su caballo fue derribado y él, preso y arrastrado a las galeras. Los defensores conocían las implicaciones. En la guerra, todos los prisioneros útiles eran torturados para que dieran informaciones».⁴

¿Qué pensamientos no habrían asaltado la mente de este combatiente durante los terribles momentos de dolor y miedo en los que se veía solo y cruelmente amenazado? ¿Tendría la fe y el coraje suficientes para ser fiel a la causa de la Iglesia en aquella angustiosa situación?

Idealismo probado con sangre

Unos días después de su captura, La Rivière —que probablemente ya habría sido torturado— fue llevado, por orden de Mustafa Pasha, a la cima de una colina desde donde podía divisar las defensas católicas. Bajo seductoras promesas de libertad, le invitaron a que revelara los puntos vulnerables. Les señaló dos lugares. Entonces Mustafa hizo que su ejército avanzara sobre las zonas indicadas, para comprobarlo.

Al percatarse del acercamiento del enemigo, los guerreros cristianos tomaron sus posiciones. La Valette sabía que sus hombres ardían en deseos de enfrentarse a los invasores, así que decidió concederles esa oportunidad.

Esperó que los turcos estuvieran a la distancia de disparo y entonces ordenó el avance de setecientos tiradores acompañados por un destacamento de caballería. Debió tener a raya, lanza en puño, al resto de soldados, pues de lo contrario ninguno habría permanecido en su puesto, ¡tal era su ardor!

Tras cinco horas de enfrentamiento, los católicos hicieron retroceder a sus enemigos con tanta furia que pusieron en riesgo la vida del propio gran visir. Éste, al constatar que el valeroso La Rivière lo había enviado a una emboscada, ordenó que lo golpearan de forma inhumana hasta que muriera.

Así partía hacia la eternidad aquel varón de incomparable generosidad, cuyo heroísmo conmovió a Dios y también a los católicos de todos los tiempos. Sin duda, su fidelidad compró para los adversarios de Cristo una derrota aún más cruel que su muerte, y para los católicos, un triunfo aún más hermoso que su martirio.

Resistiendo hasta lo imposible

La batalla, no obstante, estaba muy lejos de terminar. La Valette tuvo que

perseverar contra toda esperanza en su difícilísima resistencia durante tres meses más, bajo el incesante fuego enemigo, mientras aguardaba que sus innumerables peticiones de refuerzos fueran atendidas. En medio de sufridas batallas, los soldados y la población maltesa no dejaban de implorar la intervención divina, con procesiones, plegarias y fervorosa frecuencia a los sacramentos.

La anhelada ayuda llegó solamente el 7 de septiembre, víspera de la fiesta del nacimiento de la Virgen María. Ese día desembarcó en las costas mal-

Después de tres meses resistiendo, en los que los malteses unieron el valor del combate con el fervor de la oración, finalmente, llegó el anhelado auxilio

tesas un batallón de diez mil hombres, procedente de Sicilia bajo el mando de don García Álvarez de Toledo. Hasta ese momento, ambos ejércitos estaban agotando sus últimos recursos y únicamente la fuerza de La Valette mantenía a los defensores vivos; con la llegada del auxilio, sin embargo, una gran esperanza inundó el corazón de los malteses, mientras el pavor se apoderaba de los enemigos.

Previendo la derrota, Mustafa Pasha preparaba a su ejército para batirse en retirada. Pero el 9 de septiembre... se le presentó una última oportunidad: un desertor, que poseía otro punto de vista sobre la situación, se acercó a contarle que la cifra de los recién llegados era de seis mil y que estaban agotados y hambrientos por el penoso viaje, hasta el punto de que no conseguían siquiera mantenerse en pie. Confiando en esta información errónea, el gran visir revocó su decisión y decidió desplegar diez mil hombres, los cuales la madrugada del 11 de septiembre desembarcaron de las galeras en la oscuridad.

Los guerreros cristianos consiguieron actuar a tiempo: antes de que ama-



Don García Álvarez de Toledo y sus tropas desembarcan en Malta - Palacio del Gran Maestre, La Valette

Reproducción

neciera, La Vallette ordenó que todos sus hombres se dispusieran en terreno elevado.

Finalmente, la merecida victoria

La ansiada claridad del sol llegó. Una vez más, aquellas dos miradas otrora presentes en el sitio de Rodas se encontraban cara a cara. En esta ocasión, sin embargo, los católicos no tenían la menor intención de llegar a acuerdos o ceder, estaban convencidos, por la gracia divina, de que las almas que aman enteramente no pueden confabularse con el mal.

Con el auxilio del Señor Dios de los ejércitos, los defensores de la fe avanzaron, alcanzando antes que los musulmanes una posición de ventaja, la cima de una colina, y allí plantaron sus estandartes. Y entonces, ¡comenzó la encendida batalla!

«La decisión de Mustafa de atacar resultó ser ahora un terrible error de juicio. La fuerza cristiana era mayor de lo que el [traidor] había afirmado —y estaban más descansados que los musulmanes, que ya llevaban en el campo cuatro meses. Los otomanos empezaron a flaquear».⁵ El impacto de los malteses contra las filas enemigas provocó la desbandada final, a pesar de los insistentes esfuerzos de Mustafa Pasha por mantener a sus soldados en la lucha. Los insolentes injuriadores de la fe huyeron, entonces, de forma desordenada.

Los últimos momentos de la batalla por Malta fueron librados a orillas de la bahía de San Pablo, lugar del naufragio del barco del Apóstol, de gran significado religioso para los malteses. El gran visir y los sobrevivientes del ejército otomano volvieron a sus tierras, dejando atrás a cerca de diez mil hombres caídos en combate. Malta, por su parte, se había convertido en una «isla destrozada, árida, saqueada y arruinada»,⁶ según las palabras de Giacomo Bosio, historiador oficial de la Orden, contemporáneo al asedio. De sus ocho mil guerreros, tan sólo



PHGCOM (CC by-sa 3.0)

«Levantamiento del sitio de Malta», de Charles-Philippe Larivière - Palacio de Versalles

*La fe de La Valette
sostuvo a los
guerreros católicos
en la batalla y
logró para la Santa
Iglesia la victoria
de la cristiandad*

seiscientos seguían en condiciones de portar armas, y la mitad de los caballeros hospitalarios había perecido.

Pese a todo, por una extraordinaria protección de la Providencia, la victoria fue de la cristiandad y, por lo tanto, de la Santa Iglesia Católica. El heroísmo y la sangre de aquellos valientes guerreros no fueron empleados en vano.

Imitemos su magnanimidad

Reza el dicho que «un rey fuerte hace fuerte a un pueblo débil». En la increíble historia del Gran Sitio de Malta, se puede afirmar con seguridad que detrás de la valentía y perse-

verancia de las tropas católicas estuvo la virtud de La Valette. Más que gritar exhortaciones y órdenes, fue para los soldados el ejemplo vivo de la intrepidez y de la fe incondicional que les habría de obtener la victoria, y su fuerza ante las dificultades hizo invencible la frágil resistencia de los suyos.

La Valette fue un varón impar, pues la grandeza de un hombre se mide por aquello que defiende, por aquello que ama, por aquello en lo que cree; y el intrépido gran maestro defendió, amó y creyó en la victoria católica, cuyo destino descansaba sobre sus hombros. ✧

¹ Los datos históricos del presente artículo han sido sacados de la obra: CROWLEY, Roger. *Impérios do mar. A batalha final entre cristãos e muçulmanos pelo controlo do Mediterrâneo, 1521-1580*. São Paulo: Três Estrelas, 2015.

² CROWLEY, op. cit., p. 143.

³ Ídem, p. 154.

⁴ Ídem, p. 157.

⁵ Ídem, p. 252.

⁶ Ídem, p. 253.

Todos estamos llamados al heroísmo

Con oración perseverante y apoyándonos en el socorro venido del Cielo, tendremos coraje y resistencia para todo, incluso para lo que pensamos que es imposible de realizar.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira



Mi interlocutor se refirió al heroísmo de los cruzados, de los religiosos, de los mártires y a una serie de otras formas de heroísmo. ¿Qué tienen en común todas ellas? Por ejemplo, ¿entre el heroísmo de los mártires y el de los cruzados? Casi podríamos decir que son opuestos, pues el del cruzado consiste en luchar y ejercer la fuerza; el de los mártires, encogerse y esperar la muerte. Unos avanzan al encuentro de ésta, otros no; ¡pero ninguno retrocede!

¿Y qué tiene en común esta clase de heroísmos con el del religioso?

Muchos de nosotros habremos visto fotografías que representan escenas de la vida cotidiana de un convento o de una abadía. Ora es un superior dándole órdenes a un subordinado, que las recibe de modo reverente, dispuesto a cumplirlas; ora son dos monjes, uno arrodillado y otro de pie, dándole directrices, consolando a aquella alma o haciéndole una reprensión. En cualquier caso, el súbdito besa el hábito de su superior, en señal de aceptación de esa orden, esa directriz, esa reprensión: es el completo sacrificio del alma para Dios. Su vida entera está marcada por la obe-

diciencia. Cuando se le ordena a alguien que haga algo, en general es porque la incumbencia no será del agrado de quien debe desempeñarla. De lo contrario, no habría necesidad de mandar nada, pues nadie pone dificultades para realizar cosas que le son agradables. Luego, vivir en obediencia,

como los religiosos, es vivir haciendo lo que a uno no le gusta.

¿Cuál es el elemento común a estas distintas formas de heroísmo, de manera tal que, si lo analizamos, percibiremos en qué consiste el propio heroísmo?

El hábito de cumplir arduos deberes

Todo el mundo encuentra en la vida cosas difíciles de llevar a cabo, que deben ser repetidas con frecuencia y con gran esfuerzo. Como son arduas, causan renuencia e incluso auténtico horror. No obstante, se hacen. Y, a menudo, no solamente por el mero cumplimiento del deber, sino porque uno resolvió adoptar a fondo la costumbre de realizarlas siempre, de modo que se acaba teniendo alegría y satisfacción por el gusto de vencerse y doblarse a sí mismo, ¡haciéndolo! He aquí uno de los elementos del heroísmo.

Consideren, por ejemplo, a los jóvenes estudiantes. No todos ven con agrado la necesidad de estudiar. Sin embargo, sabiendo que es imperioso hacerlo, un chico puede adquirir el hábito de estudiar, y de tal manera que, para él, eso se vuelve una segunda naturaleza. En el fondo, seguirá sin gus-



¿Qué tienen en común el heroísmo de los cruzados, el de los mártires y el de los religiosos?

«Toma de la fortaleza de Maarat por los cruzados», de Henri Decaisne - Palacio de Versalles (Francia)

tarle; aunque, como es su deber, lo hará, produciéndose una especie de frescor de alma, una brisa de conciencia tranquila, de gloria del deber cumplido, una sensación de honestidad, que le causan un profundo bienestar. Mucho más: de alguna manera, siente una luz que viene de Dios y lo cubre, y que le da la recompensa, ya en esta tierra, por sus buenas acciones.

Cuanto más difícil sea una obligación, más el heroísmo consistirá en adquirir el hábito de hacerla, transformándose en una segunda naturaleza. Entonces habrá habido una renuncia completa, una dedicación por entero. Habrá habido un heroísmo arraigado.

El verdadero heroísmo

Pero el heroísmo, o se realiza de un tirón o no existe. Si uno avanza poco a poco hacia lo que es difícil, no llegará a su objetivo. Rumbo a la cruz de Cristo, o se corre o se vuela. Cuando se camina despacio en dirección a ella, se está a punto de abandonar y de traicionar al divino Maestro.

En las cosas más pequeñas hay que actuar de este modo. Por ejemplo, uno de nosotros puede tener un genio muy irritable, que hace de su presencia un elemento de desorden en el ambiente en que vive. Para solucionar este problema, no basta únicamente decidir no ser más irascible, es necesario tomar la resolución de tener un genio angélico; porque sólo vencemos nuestro defecto capital practicando una virtud eminente.

San Francisco de Sales, arzobispo-príncipe de Ginebra, era famoso por su dulzura. Cuando murió, decidieron hacerle la autopsia. Al abrir su cuerpo, le encontraron el hígado endurecido como si fuera de piedra. ¿La razón de esta anomalía? El Doctor Suavísimo poseía un genio difícil, y vivía dominándose...



O el heroísmo se realiza de un tirón o no existe

El Dr. Plinio en una conferencia en 1991

Así nos vencemos a nosotros mismos. ¿Tendencia a ser iracundo? Procuremos adquirir un temperamento angélico. ¿Miedo a enfrentar las dificultades? Seamos héroes al servicio de Nuestra Señora. ¿Perezosos a la hora de estudiar? Vamos a ser los primeros en hacerlo, en hablar sobre libros, en interesarse por las materias. Y si alguien fuere vanidoso, que nunca piense en sus cualidades, que no se compare con los demás, ni le dé atención a los aplausos que reciba. Huya de esto como de la peste.

Tratemos, pues, de dominar nuestros defectos más difíciles de vencer. En el caso de que tengamos poca voluntad de reconocerlos, examinemos nuestros actos con atención, sin atenuantes, porque sólo corregiremos nuestras lagunas si somos implacables, si las consideramos una por una, analizándolas con lupa, y luego rezamos: *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*.

Esto es el heroísmo.

El heroísmo de un joven católico en nuestros días

Apliquemos ahora estos principios y ejemplos al caso de un joven católico practicante. Va al colegio, frecuenta su círculo de amigos, es invitado a fiestas. ¿Puede ser héroe en todos esos ambientes? Sí, en cual-

quier lugar le es posible practicar el heroísmo. ¿De qué forma?

Ante todo, mostrando por entero lo que piensa. De manera que, participando en una conversación en la cual se planteen opiniones contrarias a la doctrina católica, tenga el coraje de decir: «Yo no pienso así, porque la Iglesia Católica lo enseña de otro modo, y como soy católico y sigo el Magisterio de la Iglesia, pienso como ella. Mira: esto es así, así y así».

Muchos se extrañarán y contestarán tal actitud; sin embargo, cada uno de nosotros debe tener esta convicción: «Entregué mi vida para estar atado a la misma columna donde fue flagelado Nuestro Señor Jesucristo. ¿Van a pensar de mí que soy un tonto y dirán que soy un cretino? Tendré en vista a Nuestro Señor coronado de espinas. Echaron sobre Él un manto de irrisión y, a guisa de complemento del “traje real”, le dieron como cetro una caña. Así, flagelado y escarnecido, esperó el momento de ser llevado hasta la cruz. Pero hizo lo que tenía que hacer. Y yo no puedo sino imitarlo».

El divino Modelo de heroísmo

En la vida de Nuestro Señor Jesucristo encontramos el heroísmo en todo momento, y practicado hasta el final.

Se hallaba en oposición a los escribas y fariseos, y sabía perfectamente que éstos lo odiaban. No obstante, siguió su camino enseñando, predicando y haciendo milagro tras milagro. E incluso siendo un constante blanco de la ira de sus adversarios, Nuestro Señor aún los desafiaba, como en la ocasión en que se refirió a la Eucaristía, diciendo: «Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tendréis parte conmigo en la vida eterna» (cf. Jn 6,53).

La gente que se encontraba junto a Él no lo entendió. Imaginen lo que sig-

nifica oír estas palabras de los labios de un hombre... ¿Quién podría entenderlo? Sin embargo, Nuestro Señor había obrado tales milagros y demostrado tales virtudes, que era imposible no percibir en Él al Hombre Dios. Y, como tal, habría un modo misterioso para realizarse todo lo que Él decía. Por lo tanto, deberían aceptar aquello como verdad. Desafió, pues, a aquella gente. Varios se retiraron. El pequeño grupo de sus discípulos disminuyó todavía más. ¿Cuál fue la respuesta de Jesús? Se dirigió a los que quedaban y les preguntó: «Y vosotros, ¿también os marcháis?» (cf. Jn 6, 67).

Es decir, los desafió también. Y San Pedro le dijo entonces estas hermosas palabras: «¿A quién iremos, Señor, si sólo tú tienes palabras de vida eterna?» (cf. Jn 6, 68). O sea, a este grupito, a su vez, le lanzó el desafío: luego se convirtieron en los Apóstoles.

Rezar siempre y nunca desfallecer

¿Sentimos falta de coraje para algo así? Debemos pedirle a Nuestro Señor Jesucristo, por medio de Nuestra Señora, que nos dé fuerzas. Nadie, sin ayuda de la gracia, tiene capacidad para realizar semejantes actos de heroísmo; sin embargo, suplicándolo a la Santísima Virgen, Ella nos obtendrá de su divino Hijo el auxilio sobrenatural que necesitamos. Con la oración perseverante y el socorro venido de lo alto, tendremos coraje y resistencia para todo, incluso para las acciones que pensamos que son las más imposibles de practicar.

Una vez más, el ejemplo de este recurso al Cielo nos fue dado por el propio Salvador. Cuando, en el Huerto de los Olivos, Jesús consideró la Pasión que se acercaba, y previó todos los pecados e injurias que se cometerían contra Él hasta el fin del mundo, así como todos los sufrimientos por los cuales tendría que pasar para redimir al género humano, empezó a sentir tedio, pavor y tristeza. El peso de todas estas previsiones fue tan abruma-

dor que llegó a sudar sangre, por sentir la desproporción entre las fuerzas que tenía y la inmensidad de lo que debía sufrir. E hizo aquella oración sublime: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz —esto es, la copa de dolor para beber—. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26, 39).

Después de esta oración, bajó un ángel y le dio un cáliz con una bebida misteriosa. Jesús la tomó, y el líquido le proporcionó nuevo vigor y recompuso en Él una postura de alma por la cual, cuando llegaron los verdugos, Nuestro Señor caminó hacia ellos y se ofreció para ser prendido. Luego vino el resto, hasta lo alto de la cruz.

Siguiendo al divino Modelo, en las horas de dificultad debemos co-

menzar por rezar. Si no rezamos, no obtendremos nada. Roguemos e imploremos constantemente. Y aunque ocurra la desgracia de que alguien caiga en pecado, que siga rezando, porque Nuestra Señora es Refugio, Madre y Protectora de los pecadores. Éstos, por peor que sean sus faltas, encuentran en Ella la solución a sus problemas. Nunca duden de que María los auxiliará, pues lo hará siempre y en cualquier caso.

En las Escrituras encontramos esta expresión: *Oportet semper orare et non deficere* —«Es necesario orar siempre, sin desfallecer» (Lc 18, 1). Así es como debemos proceder. Por lo tanto, no dejemos de rezar en nuestros apuros, dificultades y vergüenzas. La gracia vendrá y tendremos coraje para vencerlos, para ver de frente nuestros defectos, combatirlos y practicar, de modo magnífico, las virtudes opuestas. Pidamos el socorro del Cielo y empecemos con un solo impulso. Entonces seremos héroes.

Especial confianza en Nuestra Señora

Antes de concluir, me permito insistir en un punto. Por mi experiencia personal puedo decir que si no hubiera rezado mucho, y especialmente a la Virgen, con particular confianza en Ella, no estaría aquí en estos momentos. Por las fuerzas que María Santísima me dio fue por lo que pude vivir mi vida conforme a su voluntad.

Si al llegar a una edad avanzada como es la mía, y ustedes quisieran decir de sí mismos lo que estoy diciendo, creo que deberían estar preparados para añadir: «No he sido yo el que ha vencido, sino Dios el que venció en mí. Venció en mí, no por mis méritos, sino porque yo recé por medio de Nuestra Señora. Y por medio de Ella se consigue todo». ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año III.
N.º 22 (ene, 2000); pp. 10-15.



En el Huerto de los Olivos, el Señor nos enseñó a pedir las fuerzas necesarias para enfrentar las dificultades

La agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos - Iglesia de San Miguel Arcángel, Findlay (Estados Unidos)

Resistencia en la São Paulo colonial



Lucio César Rodrigues

Cumplo hoy la ya remota promesa de narrar el más dramático de los episodios que enriquecen la historia del convento de la Luz. [...]

Habían cesado en junio de 1775 las funciones de capitán general del famoso Mayorazgo de Mateus, Luis Antonio de Sousa Botelho e Mourão. Había gobernado con sabiduría, firmeza y bondad la Capitanía paulista. Le sucedió inmediatamente en dichas funciones Martim Lopes Lobo de Saldanha, bajo cuya férula São Paulo vino a estar ocho años de despotismos y arbitrariedades.

Apresurado ejecutor de las tiránicas leyes de persecución religiosa de Pombal, Martim Lopes no tardó en oficiarle al virrey, el marqués de Lavradio, que había ordenado el cierre del convento de la Luz, en el cual vivían por entonces diez religiosas.

Dicha orden, el capitán general la hizo efectiva por medio del obispo de São Paulo. Sumiso, el prelado mandó llamar, el 29 de junio, fiesta de San Pedro, a fray Galvão, fundador y capellán del pequeño cenobio, y le intimó a que iniciara inmediatamente la disolución del convento. Tan pronto como recibió la orden dada por su pastor —al cual, no obstante, le incumbía el deber de proteger a las religiosas, en lugar de dispersarlas—, fray Galvão se dirigió al monasterio cuya capilla estaba llena de gente a la espera de la misa. Celebrada ésta, fray Galvão les comunicó a las religiosas, transidas de dolor, la deliberación arbitraria que las fulminaba. Que avisaran a sus familias para que fueran a buscarlas. En un mes, el convento tenía que cerrar sus puertas.

Tres religiosas salieron. La otras, sin embargo, decidieron resistir, dentro de los límites del Derecho Canónico, a

las intenciones del gobernador, refrendadas por el obispo. Al pie de la letra, la orden recibida les obligaba a cerrar el convento; pero no a dispersarse. Lo cerraron. Con todo, resolvieron continuar viviendo en él clandestinamente.

La resistencia parecía absurda, pues, sabiendo de ella el gobernador o el obispo, tenían el poder —aunque no el derecho— de infligir contra las religiosas violentas sanciones canónicas y civiles. Ahora bien, ¿cómo permanecer en la clausura sin recibir de fuera víveres y agua potable, que les escaseaban? ¿Y cómo ponerse en contacto con personas ajenas al convento sin exponerse a la traición?

Sin embargo, hay deliberaciones absurdas para las criaturas sin fe, y enteramente apropiadas para aquellas cuya fe mueve montañas. Las monjas decidieron enfrentar lo que humanamente era imposible. Cerraron puertas y ventanas. Y cortaron todos los contactos con el exterior.

Consumidas las pocas provisiones de que disponía el convento, las religiosas empezaron a vivir de unas tales o cuales hierbas que les quedaban en el huerto. Mientras tanto, una mata de fresas, que se encontraba en el propio huerto, produjo de modo enteramente imprevisible tal cantidad de fruta que las religiosas no conseguían comerse-lo todo. Al faltarles el agua, se reunieron en el coro un día sereno y claro, y pidieron que lloviera. El cielo enseguida empezó a cubrirse de nubes. Tronó. Y una lluvia copiosa cayó, llenando cántaros y vasijas que las hermanas habían puesto para recogerla. Repletos los recipientes, la lluvia paró.

El Cielo les concedió a las «resistentes» auxilios aún mayores. La alegría inundaba las almas de las religio-

Las monjas decidieron enfrentar lo que humanamente era imposible, y fueron socorridas por la Providencia

Convento de la Luz, São Paulo (Brasil)

sas, que en esta vida de catacumbas recibían gracias especiales.

Así transcurrió, en esta especie de santo maquis, todo el mes. Y unos días más tarde, de repente, fuertes golpes en la puerta hicieron estremecer a la comunidad. ¿Lo habrían descubierto todo? ¿Serían llevadas a la cárcel? Prestaron atención y lograron oír la voz de fray Galvão, que las llamaba por sus nombres. Abrieron. Y él les comunicó, radiante, la noticia: el virrey, el marqués de Lavradio, había cancelado la orden del cierre y determinaba la reapertura del convento. Lo comunicaba una carta recién llegada de Río [de Janeiro], a la cual el obispo se apresuró a asentir. Había llegado para las victoriosas monjas la hora de la recompensa, del Te Deum y del magnificat...

Estos hechos, que recojo del autorizado libro *Frei Galvão, Bandeirante de Cristo*, no revelan solamente el vigor de alma de las religiosas, sino también el de fray Galvão. Me parece obvio que fray Galvão conocía y apoyaba la santa resistencia de las religiosas. Porque si no, ¿cómo podía saber que se encontraban en el convento cerrado?

Así, el gran franciscano paulista, a sus títulos de sacerdote, religioso, místico insigne, esclavo de María y fundador, añadió también el de resistente, dentro del espíritu y de la letra de la ley canónica. ♦

Extraído de: *Folha de São Paulo*.
São Paulo. Año LIV. N.º 16.721
(22 dic, 1974); p. 41.

El León de Münster

Más que a los hombres, el obispo de Münster temía a Dios, que le inculcó el coraje de hacer y de decir aquello que otros no se atrevieron, en el seno del régimen nazi.

✠ Alison Batista de Oliveira



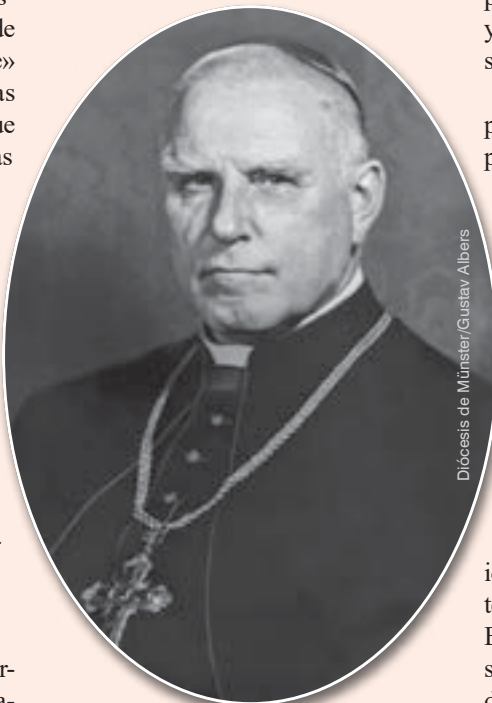
A fin de conducir con seguridad a las ovejas de su rebaño hacia las fuentes eternas, Nuestro Señor Jesucristo instituyó pastores vigilantes y sabios, que las instruyeran y alertaran de los peligros, es decir, los obispos. A éstos bien podemos aplicarles las palabras dirigidas al profeta Ezequiel: «Te he puesto de centinela en la casa de Israel; cuando escuches una palabra de mi boca, les advertirás de mi parte» (Ez 33, 7). Y aquellas comunicadas a Jeremías: «¡Ay de los pastores que dispersan y dejan que se pierdan las ovejas de mi rebaño! [...] Les pondré pastores que las apacienten, y ya no temerán ni se espantarán. Ninguna se perderá» (Jer 23, 1.4).

Cuando Adolf Hitler llegó al poder en Alemania, quizá no sospechara que iba a encontrar en un obispo de la Santa Iglesia a uno de sus más acérrimos enemigos. Se trataba de un verdadero pastor, que asumió sobre sus hombros él solo el peso de la lucha de Dios contra la tiranía reinante.

«Nec laudibus, nec timore»

Decimoprimer hijo del conde Ferdinand Heribert von Galen y de Elisabeth von Spree, Clemens August von Galen nació el 16 de marzo de 1878 en Oldenburg, Alemania. Después de haber realizado la mayor parte de sus

estudios con los jesuitas, fue ordenado sacerdote en 1904. Dos años más tarde se trasladó a Berlín, donde ejerció su ministerio durante los difíciles días de la Primera Guerra Mundial. En 1929 se hizo cargo de una parroquia en la ciudad de Münster, hasta que, en 1933, el papa Pío XI lo eligió obispo de esta diócesis.



Diócesis de Münster/Gustav Albers

Hitler no imaginaba que encontraría en un obispo de la Santa Iglesia a uno de sus más acérrimos opositores

El Beato Clemens von Galen

Toda su vida episcopal estuvo marcada por el enfrentamiento con la ideología nazi. Y, coincidencia o no, la Providencia parece haber querido subrayar este aspecto de su misión. Von Galen gobernó la diócesis de Münster durante un período de tiempo igual al del gobierno de Hitler: fue ordenado obispo nueve meses después de que el Führer subiera al poder y murió aproximadamente nueve meses tras su muerte.

En el lema episcopal del nuevo prelado quedaron resumidas sus disposiciones: *Nec laudibus, nec timore*. Ni las alabanzas ni el temor conmutarían su rígida postura ante las aberraciones perpetradas por el Gobierno de Berlín.

Al frente de la oposición

De hecho, no tardó en asumir el liderazgo de la oposición católica al régimen. Ya en 1934, en una pastoral diocesana, el celoso pastor expuso las erróneas tesis de Alfred Rosenberg, uno de los principales ideólogos del nacionalsocialismo, contenidas en el libro *El mito del siglo XX*. En éste se proponían la supremacía absoluta de la raza alemana, la exclusión de los que no pertenecían a ella y otras tesis de la cosmovisión nazi.

Se trataba, en realidad, de «una nueva y nefasta ideología totalitaria que pone a la raza por encima de

la moralidad, la sangre por encima de la ley [...], repudia la Revelación, busca destruir los fundamentos del cristianismo».¹ La advertencia del obispo tuvo amplia repercusión entre el clero y el pueblo alemán, con el saludable efecto de haberles abierto los ojos con respecto a las pésimas intenciones del discurso nacionalsocialista.

Unos meses después, Rosenberg injurió al prelado públicamente durante un congreso del partido en Münster, en un intento de levantar a la gente contra él. Pero la valentía de Mons. Clemens ya había quedado demostrada y las palabras difamatorias obtuvieron un efecto inesperado... Al día siguiente, los fieles salieron a las calles en apoyo de su obispo, culminando con una procesión de casi veinte mil almas.

En septiembre de 1936, Von Galen aprovechó la conmemoración del mártir San Víctor Xanten² para tratar sobre los límites de la obediencia debida al Reich. «¿Cómo puede la Iglesia venerar como santo al soldado Víctor? ¿Cómo puede presentarnos como modelo un hombre que fue ajusticiado [...] por desobediencia hacia el emperador?».³ ¿Qué quería afirmar el obispo de Münster? Cuando la autoridad exige lo contrario a la recta conciencia, pierde el derecho de mandar y atenta contra Dios mismo. El recado había sido dado. Y concluyó: «Así Dios quiera darnos discernimiento y fuerza heroica, que nunca por egoísmo o vil temor a los hombres consintamos en el pecado, manchando la conciencia para ganar o conservar el favor de los mortales poderosos».⁴

Antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, el prelado alemán ya era conocido en gran parte de Europa. Sin embargo, su golpe más duro contra el régimen de Hitler aún estaba por llegar. A mediados de 1941, pronunció tres contundentes sermones que extendieron todavía más su fama y le valieron el título de *León de Münster*.



Reproducción

Las injusticias perpetradas por el régimen nazi fueron duros golpes contra el rebaño que le había sido confiado. El obispo de Münster necesitaba hacer algo

El Beato Clemens August von Galen en 1937

Un sermón dominical...

Sábado, 12 de julio de 1941. Monseñor Clemens von Galen es informado de la ocupación, por parte de la Gestapo, de las casas de los jesuitas de Königstrasse y de Haus Sentmaring, y de la invasión de numerosos conventos de religiosas, muchas de las cuales habían sufrido violencia e insultos.

Tales acontecimientos constituyeron un golpe muy duro contra el rebaño que le había sido confiado. Necesitaba hacer algo. Toda la jornada anduvo inquieto y preocupado. Pero ¿qué actitud adoptaría? Decidió que al día siguiente predicaría, en el sermón dominical, contra los atropellos perpetrados por el régimen nazi. Haría de su palabra una espada en defensa de la fe y del pueblo alemán.

La catedral de Münster estaba abarrotada de feligreses para asistir a la misa dominical. Ya desde el comienzo, no dudó en denunciar la infame actuación de la policía de Hitler, que injustamente infringía los derechos de honrados ciudadanos alemanes. Y recordaba: «Ninguno de nosotros se encuentra seguro, ni siquiera si, en conciencia, fuese el ciudadano más honesto y más fiel, de no ser un día arrestado en su propia casa, despojado

de la propia libertad, encerrado en las prisiones y en los campos de concentración del Estado. [...] Soy consciente de que hoy, u otro día, también me puede suceder a mí».⁵

Sin embargo, ni la cárcel ni la muerte, al igual que a los primeros cristianos, lo intimidaban: «Yo, en nombre del recto pueblo alemán, en nombre de la majestad de la justicia, [...] elevo mi voz, en voz alta, como alemán y como honesto ciudadano, como representante de la religión cristiana, como obispo católico, digo: “¡Pedimos justicia!”».⁶

Durante el sermón, hombres y mujeres se pusieron de pie en señal de aprobación a las palabras que escuchaban. Muchos incluso rompieron a llorar. Un espía de la Gestapo presente en el lugar contó que la iglesia parecía una sala de reuniones, de tal manera estaban todos exaltados y emocionados.

Consciente del peligro que corría, concluida la ceremonia Von Galen le pidió a su capellán que le enviara ropa, si fuese a prisión. Una vez en su palacio todos le recomendaban que se refugiara en otro sitio, pero él no accedió.

El efecto de la denuncia fue devastador. Muchos querían tener una



Sus sermones fueron el ataque frontal más fuerte desencadenado contra el nazismo. El obispo de Münster se convirtió en un modelo de fe intrépida en tiempos de persecución, personificando el ideal de resistencia

El Beato Von Galen habla a la multitud

copia de sus palabras, y en menos de una semana el nuncio en Berlín y todos los obispos de la nación germánica se enteraron de la osada increpación de aquel ungido de Dios.

Una semana después...

El 20 de julio, en la iglesia de Überwasser, nuevamente el León de Münster se hizo oír. Ese domingo, el templo también estaba repleto, con gente que había ido desde lugares distantes, como Holanda, para escuchar al indómito ministro.

Después de condenar de nuevo la confiscación de varios conventos y la prisión de religiosos, continuó: «¿Comunión con hombres que cazan como conejos a nuestros religiosos, a nuestros frailes y monjas, sin motivos jurídicos, sin denuncia, sin posibilidad de defensa...? ¡No! Con esos y con todos los que sean responsables no se puede ni siquiera imaginar comunión de pensamiento y de sentimiento».⁷

Quizá sólo quienes vivieron aquellos días supieron medir la valentía de este pastor. ¿Cuántos no permanecerían en silencio por temor a ser arrojados a campos de concentración por

desafiar un régimen que se juzgaba omnipotente? Como si aún no bastara la osadía de haber hecho esa predicación, Von Galen envió reproducciones de este último discurso al Gobierno del Reich exigiéndole justicia.

Tercer sermón: el golpe más fuerte contra el nazismo

Sin duda la tercera homilía, el 3 de agosto de 1941, fue la más importante. Goebbels, el ministro de propaganda de Hitler, afirmaría más tarde que este sermón había sido «el ataque frontal más fuerte desencadenado contra el nazismo en todos los años de su existencia».⁸

El obispo había tomado conocimiento del plan secreto de los nazis que determinaba el exterminio de los discapacitados, ancianos, enfermos mentales y niños paralíticos, todos denominados «vidas improductivas».

La gente contenía la respiración mientras escuchaba a aquella enorme figura haciendo resonar como el trueno su voz en toda la catedral: «Ahora son asesinados, bárbaramente asesinados, inocentes indefensos [...]. Nos encontramos ante una locura homici-

da sin igual. [...] ¡Con gente como ésa, con esos asesinos que pisan orgullosos nuestras vidas, ya no puede haber comunidad de pueblo!».⁹

En poco tiempo, las palabras del León de Münster recorrieron el mundo, llegando incluso hasta los soldados en el frente. ¡Aviones de la Royal Air Force lanzaron cientos de copias desde el cielo de Berlín! Tal era el valor de aquellas predicaciones que su transcripción se convirtió en moneda de cambio por mercancías. El obispo de Münster se convirtió en un modelo de fe intrépida en tiempos de persecución, personificando el ideal de resistencia.

«El caso Von Galen»

Como era de esperar, tales actitudes le granjearon el odio de los dirigentes del partido. El «caso Von Galen» fue ampliamente discutido por la cúpula del Reich en los meses siguientes. Uno de los jefes de las SS llegó a afirmar: «Este alto traidor y traidor al país, este cerdo se encuentra libre y se toma la libertad de hablar contra el Führer. Debe ser ahorcado».¹⁰

Pero ésa no era la mejor solución para ellos. Sabían que sería perjudi-

cial hacer de Von Galen un mártir, pues su muerte provocaría la rebelión de gran parte del pueblo alemán, además de provocar disensiones con el Vaticano. Así que el astuto Goebbels le aconsejó a Hitler que dejara que el asunto se solucionara después de la guerra. El Führer accedió y, el 4 de julio de 1942, declaró que le haría pagar hasta el último centavo...

El impávido obispo, incluso siendo espiado y sufriendo constantes amenazas, conservó una actitud serena y continuó proclamando la verdad abiertamente.

Últimos años de la guerra y de su vida

La postrera etapa de sus días coincidió con el avance de los aliados hacia Berlín. Una de las crueles consecuencias de esto fueron los bombardeos que arrasaron varias ciudades alemanas, cobrándose la vida de inocentes. Münster fue uno de los lugares que más sufrió los ataques. Parecía que el demonio quería imponerle un último castigo a aquel gran héroe de la fe.

El 10 de octubre de 1943 sonaron las sirenas en la urbe. Buena parte de la población se refugió en la catedral. Pero no sabían que el blanco era precisamente el recinto sagrado. Según declaró el comandante estadounidense de la operación, ésa fue la primera vez que los ejércitos aliados habían recibido órdenes de atacar objetivos civiles...

Cuando rugieron las alarmas, Mons. Clemens se en-

contraba en el palacio episcopal, revisitiéndose de los ornamentos para ir a la catedral. No le dio tiempo a esconderse en el refugio antiaéreo cuando los proyectiles empezaron a estallar. Las bombas arruinaron toda la residencia, y él salió milagrosamente ileso, apoyado en la única pared que quedó en pie.

Más de doscientas iglesias y varios conventos fueron arrasados en la diócesis. El intrépido pastor no entendía el porqué de tamaña destrucción. Como si no fuera suficiente la persecución nazi, aquellos que en principio habían ido a restaurar la paz acabaron infligiendo un sufrimiento tal vez mayor.

Elevado a la honra del cardinalato

Terminada la guerra, en la víspera de Navidad de 1945, Radio Vaticano daba a conocer la elevación de Mons. Clemens von Galen al cardinalato, por el papa Pío XII. Era la coronación explícita de su actuación, llegada de la Cátedra de Pedro.

Según el relato del sacerdote designado como caudatario de Von Galen,

tal era la veneración de todos por él que, «cuando, a la entrada de los cardenales en [la basílica de] San Pedro, Clemens August apareció en la puerta, un murmullo recorrió la multitud de los presentes. [...] Mientras su gigantesca figura atravesaba la nave central, se alzó un huracán de entusiasmo. El aplauso llegó a su culmen en el momento en que el cardenal subió hacia el trono del Santo Padre».¹¹

El 16 de marzo de 1946 más de cincuenta mil fieles esperaban el regreso del purpurado frente a las ruinas de la catedral, donde realizó su último acto público, dirigiéndole un discurso a la multitud. Menos de una semana después, el 22 de marzo, falleció a los 68 años como consecuencia de una apendicitis.

* * *

Benedicto XVI beatificó al cardenal Clemens August von Galen el 9 de octubre de 2005.

En aquella ocasión, el pontífice alemán arrojó luz sobre la fuente de la intrepidez y del coraje que animaron al León de Münster a oponerse a la tiranía que amedrantó al mundo: «Más que a los hombres, temía a Dios, que le concedió el valor para hacer y decir lo que otros no se atrevían a decir y hacer. Así él nos infunde valentía, nos exhorta a vivir de nuevo la fe hoy y nos muestra también que esto es posible tanto en las cosas sencillas y humildes como en las grandes y profundas».¹² ✨



El norte de su vida fue el temor de Dios y no el de los hombres

El Beato Clemens von Galen recién fallecido

¹ LÖFFLER, P. (Coord.). *Bischof Clemens August Graf von Galen. Akten, Briefe und Predigten 1933-1946*, apud FALASCA, Stefania. *Un obispo contra Hitler. El beato von Galen y la resistencia al na-*

zismo. Madrid: Palabra, 2008, p. 109.

² San Víctor, militar cristiano del siglo IV, fue asesinado por haberse negado a sacrificar a los dioses romanos. Su fiesta se celebra el 10 de octubre.

³ LÖFFLER, op. cit., p. 35.

⁴ Ídem, p. 36.

⁵ FALASCA, op. cit., p. 39.

⁶ Ídem, p. 223.

⁷ Ídem, p. 42.

⁸ Ídem, p. 43.

⁹ Ídem, p. 44.

¹⁰ Ídem, p. 48.

¹¹ Ídem, p. 83.

¹² BENEDICTO XVI. *Palabras al final del rito de beatificación del cardenal Clemens August von Galen*, 9/10/2005.

La historia de un barco que hizo historia

Victoriosa, la nao española pudo continuar su rumbo tras haber destrozado a tres navíos ingleses. El dañado barco pareciera ostentar sus estropeadas velas cual invicto estandarte de guerra. Mal sabía la tripulación que aquel enfrentamiento sólo era el comienzo...

✠ **Diác. Francisco Javier de Oyarzábal Gutiérrez-Barquín, EP**



El mar... libro abierto donde se esconden tantas grandes y pequeñas historias. Algunas totalmente sumergidas, abandonadas a su suerte en la oscura y rara belleza de las aguas profundas. ¿Quién no querría descubrirlas? Otras, en cambio, indemnes frente a las olas del tiempo, parecen desafiar los siglos, al igual que antaño sus protagonistas desafiaban tempestades. Así llegó hasta nosotros una de ellas, la famosa gesta del Glorioso, un barco... que hizo historia.

Una arriesgada misión

Era la madrugada del domingo 28 de mayo de 1747. En el puerto de la ciudad mexicana de Veracruz, todos dormían. Todos... menos los hombres del intrépido Pedro Mesía de la Cerda. Guardiamarina de la Armada española desde los 17 años, era ahora, tras una larga y exitosa carrera militar, un experimentado capitán de 47

años al mando del navío de 70 cañones San Ignacio de Loyola, alias, el Glorioso.

La tripulación había pasado en vela toda la noche yendo y viniendo del puerto a las bodegas del mencionado navío, transportando un valioso tesoro y ultimando los preparativos para la rápida, pero sigilosa, muy sigilosa partida: espías ingleses merodeaban por la zona y era necesaria la máxima discreción.¹

Tras elegir a dedo a su tripulación, el capitán Mesía partió con el Glorioso hacia la misión que le había sido confiada

Una vez todo a bordo, zarparon sin demora hacia La Habana, para dirigirse después rumbo a España, llevando en las bodegas de su buque la sorprendente carga de más de 4 millones de monedas de plata y 4.400 onzas de oro. A lo que se le sumaba una rica y variada mercancía,² que también debería llegar a su destino lo antes posible.

Era ésta la difícil misión que pesaba sobre los hombros del capitán Mesía. Conocía mejor que nadie los innumerables incidentes que podrían suceder durante la ruta, y cómo éstos podían suponer la pérdida de una verdadera fortuna. Por si fuera poco, tenían que hacer la travesía en solitario, sin ninguna otra embarcación de apoyo. Absolutamente solo ante los peligros de la mar y la piratería inglesa.

Por esa razón, informado con antecendencia de la arriesgada misión que debería llevar a cabo, se le permitió al capitán elegir a cada uno de sus hombres, y seleccionó a dedo a

los más experimentados que pudo encontrar.

Tras semanas de calma, el primer combate

En las primeras semanas de navegación todo transcurrió con normalidad, pero en la mañana del 25 de julio las cosas cambiaron. A lo lejos, cerca del archipiélago de las Azores, pudieron divisar una gran cantidad de velas. ¿Serían británicas? Horas más tarde, el mal presagio se confirmó: se trataba de un gran convoy inglés escoltado por cuatro buques de guerra al mando del capitán John Crookshanks.

Al descubrir al solitario navío español, los ingleses intuyeron que sería una presa fácil y que ciertamente estaría bien cargada de tesoros. Por eso el capitán ordenó que uno de los barcos de su pequeña flota siguiera protegiendo a los demás, mientras se lanzaba a la caza del botín español con los otros tres: el navío de línea Warwick, la fragata Lark y el bergantín Montagu.

El Montagu, más veloz que los otros, consiguió acercarse primero y disparó al San Ignacio de Loyola, con el objetivo de retrasar su marcha, pero el capitán Mesía, previendo sus movimientos, mandó trasladar varios cañones a popa y lo mantuvo a raya, a cañonazo limpio, toda la noche.

Durante el día siguiente, 26 de julio, los otros dos navíos consiguen acortar distancias y, al caer la noche, ya están pisándole los talones al barco español, que no puede evitar el enfrentamiento. No obstante, esta vez, quien tomará la iniciativa del ataque será el capitán Mesía.

A la luz de la luna, y como si no hubiera un mañana, el San Ignacio de Loyola se abalanzó sobre el Montagu, disparándole a bocajarro algunos cañonazos que lo harán batirse en retirada para no volver más. Pero lo mejor de la maniobra fue que ésta dejó al buque español al lado del Lark, lo que le permitió disparar todas las baterías de la banda de estribor con tanto acierto que la fragata inglesa, quedando completamente desarbolada, no pudo volver más al combate.

Por fin, giró en redondo para dirigirse al Warwick, y cuando lo tenía a tiro, le descargó toda la batería de babor,

cruzando sus balas con las del desesperado inglés, que no podía dar crédito al inusitado movimiento. En esto, viró una vez más, y alcanzándolo de nuevo, cañoneó con la banda de estribor. La batalla duró más de seis horas, tras las cuales, Erskine, capitán del Warwick, aprovechó un viento favorable para huir del fuego enemigo y pedir socorro. Su barco estaba destrozado.

Victoriosos, los españoles pudieron continuar su camino. Las averías sufridas eran bastante serias, sin embargo, el dañado buque pareciera ostentar sus estropeadas velas cual invicto estandarte de guerra. A su vez, la tripulación estaba feliz; mal sabían que esto era sólo el comienzo...

¡Zafarrancho!

Tras algunas semanas sin novedades, el domingo 13 de agosto, cuando faltaban nada más que diez leguas para alcanzar el cabo de Finisterre, el vigía del palo mayor divisó varias velas. Al día siguiente, constataron que eran tres barcos de la Royal Navy: el navío Oxford, la fragata Shoreham y el bergantín Falcon. Los tres avanzaban bastante ligeros hacia el mal-

trecho San Ignacio de Loyola, como si ha tiempo estuvieran esperándolo. Tal vez sólo querían ajustar cuentas.

A la vista del trágico escenario, el preocupado semblante de los españoles hacía entrever las innumerables dudas que impactaban en sus espíritus cual balas de cañón: ¿saldrían de ésta o perecerían en el intento? Faltaba tan poco para llegar a casa que aquello parecía una verdadera pesadilla. De pronto, el mortal silencio que hacía surgir tantas preguntas fue cortado de golpe por el grito del capi-



«El Glorioso», de Augusto Ferrer-Dalmau. En la página anterior, detalle de «La captura del Glorioso», de Charles Brooking

*Al ver al solitario
barco español,
los ingleses pensaron
que era una presa
fácil y se lanzaron
a la caza del
preciado botín*

tán Mesía: «¡Zafarrancho!». No era el momento para especulaciones, sino para orar y luchar.

Poco a poco la escuadra británica se fue aproximando. Finalmente, sobre las cuatro de la tarde, tanto la Shoreham como el Falcon se cruzaban por un lado del San Ignacio de Loyola, a una distancia prudencial, mientras que el Oxford lo hacía por el otro, pero nadie abrió fuego.

Sin embargo, una vez que tenían la presa a su alcance, viraron en redondo los ingleses para iniciar la captura. Al instante, mandó girar también el capitán Mesía, volviéndose a topar los barcos para darse, ahora sí, unas cuantas calurosas y mutuas salvas de plomo y fuego.

El desigual duelo duraba ya casi tres horas, cuando el capitán Callis, comandante de la escuadra inglesa, no pudo soportar por más tiempo el castigo que le infligía el San Ignacio de Loyola, y tuvo que batirse en retirada. Aquello era increíble. ¡Un verdadero milagro! Gran muestra de la protección divina que no los desamparaba.

Surgen en el horizonte los últimos enemigos

Por fin, llegaron al puerto de Concurbió, en Galicia, el 16 de agosto. Allí descargaron el preciado tesoro

para ponerlo a salvo. ¡La misión estaba cumplida! Pero la odisea continuaba. Una vez terminados los arreglos más urgentes, zarparon el 11 de octubre hacia el puerto de El Ferrol, donde dispondrían de lo necesario para el resto de las reparaciones.

Infelizmente, nunca pudieron llegar debido a un fuerte vendaval. Además, estaban ya cerca de la Costa de la Muerte, terrible región donde muchos barcos naufragaban. No era prudente seguir por allí, y menos en sus penosas condiciones. Por eso, el capitán Mesía mandó poner rumbo a Cádiz.

En el camino, al amanecer del 17 de octubre, el infortunio volvió a llamar a la puerta. Apareció en el horizonte la Royal Family, escuadra corsaria comandada por el comodoro inglés George Walker, que venía a bordo de la nao capitana King George. Al verlos, Walker comenzó la persecución del maltrecho buque, seguido por la fragata Prince Frederick. De noche, el pirata ya había alcanzado a su presa, y una vez más, a la luz de la luna dio inicio el combate.

Tras importantes bajas, entre muertos y heridos, la King George soportaba ya la tercera hora de fuego, aun con su mástil principal abatido.³

Bien adentrada la noche, apareció en escena la Prince Frederick. Su co-

mandante, Edwar Dottin, intentó distraer el fuego que no cesaba de caer sobre su jefe, cañoneando al San Ignacio de Loyola y recibiendo también su merecida partida. Al final, en palabras del propio Walker: «A las once en punto, ante nuestra sorpresa, el enemigo se hizo a la vela, [...] pero nosotros no pudimos seguirle».⁴

Hasta la última bala de cañón

Al día siguiente, 18 de octubre, el San Ignacio de Loyola era perseguido por el King George, el Duke y el Prince Frederick, ¡la familia real al completo! Pero, por si fuera poco, apareció por delante del español otro más, el navío de su majestad: el Darmouth, al mando de John Hamilton.

Cuando éste llegó a tiro, ambos se batieron largo rato hasta que de improviso, uno de los cañonazos del San Ignacio de Loyola entró en la santabárbara del buque inglés, haciéndolo saltar por los aires. La trágica explosión fue de tal calibre que de los 370 hombres que iban a bordo sólo 18 pudieron salvar la vida.

Pese a ello, la tregua no duró mucho. En torno a la medianoche, un nuevo barco abrió fuego contra el San Ignacio de Loyola. Era el Russel, poderoso navío de línea de su majestad con tres puentes y 92 cañones,



El coraje del capitán Mesía y de sus hombres provocó asombro y admiración incluso hasta en sus adversarios ingleses

A la izquierda, el capitán Pedro Mesía de la Cerda, de Joaquín Gutiérrez - Museo de Arte Colonial, Bogotá; a la derecha, el comodoro George Walker - Museo Marítimo Nacional, Greenwich (Inglaterra)



Fotos: Reproducción



(CC by-sa 4.0)

«El último combate del Glorioso», de Augusto Ferrer-Dalmau

que se había unido a las fragatas de la Royal Family. ¿Qué debieron pensar los españoles viendo que la situación iba de mal en peor? Tal vez para muchos, a estas alturas, ya daba lo mismo enfrentar dos barcos que cuatro.

Bajo el fuego de las fragatas y del Russel, se defendieron el capitán Mesía y sus hombres hasta la última bala de cañón. Y cuando faltaron las balas, cargaron los cañones con cualquier cosa metálica que pudieron encontrar. Al final, ya nada tenían con qué cargarlos...

Gloriosos vivos, listos para luchar y resistir

La resistencia parecía inverosímil, y a tal punto llegó que el propio comodoro inglés George Walker escribió: «Nunca los españoles, y nadie en realidad, han luchado mejor con un barco como lo hicieron ellos».⁵ Alrededor de las seis de la mañana, cuando los pri-

Sería difícil de concebir fin más glorioso. Lo cierto es que, a partir de aquel momento, cada uno de ellos pasó a ser otro verdadero Glorioso vivo

meros rayos del sol iluminaban lo que aún quedaba del San Ignacio de Loyola, los ingleses entraron en el navío y hallaron 130 heridos y 33 muertos. El resto de la tripulación fue conducida hacia los barcos británicos, desde donde cada español pudo contemplar mejor su destartado barco.

En aquel trágico momento, bajo la mirada triste de aquellos que tan-

ta sangre en él habían derramado, el buque mismo pareció tomar vida para decirles sus últimas palabras: «¿Qué miráis hermanos? No os preocupéis más por estos restos que en breve serán destruidos. La materia se va, pero la gloria baja sobre aquellos que conmigo sufrieron y lucharon hasta el final».

Difícil concebir fin más glorioso, pensaban los marineros. ¿Habría quedado desde entonces consignado para siempre su apodo de Glorioso? Probablemente. Pero lo cierto es que, a partir de aquel momento, cada uno de ellos pasó a ser otro verdadero Glorioso vivo, listo para luchar y resistir con la esperanza de la que nos habla el Apóstol: «Nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza» (Rom 5, 3-4). ✦

¹ De hecho, desde principios del siglo XVIII los puertos españoles eran un auténtico «hervidero de agentes británicos prestos a informar al contralmirante sir Chaloner Ogle, comandante en jefe de la flota británica de las Indias Occidentales, sobre cualquier míni-

mo movimiento de los barcos españoles» (PACHECO FERNÁNDEZ, Agustín. *El «Glorioso»*. 5.ª ed. Valladolid: Galland Books, 2021, p. 93).

² «6.412 arrobas de grana fina, 2.354 de tinta, 64 de grana silvestre, 281.092 bayni-

llas, 68 quintales de purga de Jalapa, 350 arrobas de azúcar, 24 de bálsamo, 55 de cacao y 300 cueros al pelo» (Ídem, p. 135).

³ Cf. ROJO PINILLA, Jesús Ángel. *Cuando éramos in-*

vencibles. 7.ª ed. Madrid: El Gran Capitán, 2017, p. 147.

⁴ WALKER, George. *The Voyages and Cruises of Commodore Walker*. London: A. Millar, 1760, t. II, p. 216.

⁵ Ídem, p. 231.

Confianza ciega en el amparo sobrenatural

Asistidos por el maternal auxilio de Dña. Lucilia, muchos descubrieron que la solución para sus problemas está, ante todo, en el amparo que viene del Cielo. Así pues, recurren a su dilecta intercesora seguros de que serán atendidos.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino

No es nada extraño que a lo largo de la vida nos encontremos con situaciones difíciles o incluso casi imposibles de resolver y nos aflijamos al constatar la ineficacia de las soluciones humanas. En estas ocasiones, el desarrollo de los acontecimientos a menudo nos sorprende al dejarnos claro cómo vale la pena que pongamos nuestras esperanzas ante todo en el auxilio sobrenatural.

En este sentido, la intercesión de Dña. Lucilia en favor de los que la buscan se ha mostrado como un reflejo del amor del propio Dios, el cual desea, sobre todo, que sus hijos recurran a Él sin que jamás pierdan la confianza en sus eternos designios de misericordia y de salvación. Es lo que podemos constatar en los hechos que describimos a continuación, relatados con enorme gratitud por quienes, en las grandes o pequeñas aflicciones, se sintieron amparados por la bondad «luciliana».

Ayudando a una madre con la recuperación de su hijo

Doña Lucilia nunca se cansa de hacer el bien. Hasta se diría que está,

en todo momento, buscando a algún necesitado al que pudiera socorrer. Y parece que tiene especial solicitud en relación con las madres que piden por sus hijos...



Sin duda, Dña. Lucilia seguirá ayudando en la completa recuperación de Leonardo

Leonardo de Oliveira junto con sus padres

Nos cuenta Licia Aparecida Moreira, residente en la ciudad de São João do Itaperiú (Brasil), que a principios de noviembre recibió en su casa la visita de un par de misioneros de los Heraldos del Evangelio. En aquella circunstancia les narró una fatalidad por la que pasó su hijo Leonardo de Oliveira, de 23 años.

El 2 de agosto de 2022, fue accidentalmente aplastado por una pesada plancha de hierro durante el trabajo, llegándose a fracturar dos vértebras y a quedarse sin el movimiento de sus miembros inferiores. Refiere Licia: «Perdió todo el equilibrio de su cuerpo, solamente permanecía sentado con nuestra ayuda, o apoyado en almohadas. No conseguía moverse por sí mismo, ni siquiera pasar de la cama a la silla de ruedas».

Tras haberles comentado a los misioneros esta preocupación suya y que estaba pensando buscar un tratamiento en otro estado, ellos le entregaron una fotografía de Dña. Lucilia, aconsejándoles —a la madre y al hijo— que le hicieran una novena a esta bondadosa señora, pidiéndole que intercediera en la recuperación del joven.

Unos días después, Licia envió un mensaje a los misioneros donde les comunicaba que la misma semana en la que los habían visitado, su hijo empezó a mostrar signos de mejoría: había adquirido más firmeza en su cuerpo, ya podía mantenerse sentado solo y desplazarse de la cama a la silla de ruedas; en fin, presentaba los primeros indicios de que podría volver a llevar una vida independiente. Y el 20 de diciembre comenzó a mover las piernas, ¡antes completamente inertes!

Aunque todavía falte un largo camino por recorrer para que Leonardo recupere la movilidad normal, Licia sigue rezándole a Dña. Lucilia y confiando en su intercesión, pues a ella le atribuyó estas auspiciosas mejoras, las cuales llenaron de esperanza a la familia.

No es mera casualidad

Carmen Iris Urbano Pacheco, de Perú, también nos transmite su gratitud a Dña. Lucilia, que la socorrió con prontitud en un apuro económico.

Siendo propietaria de una tienda, cierto día le faltó el dinero necesario para saldar una deuda, de cuyo importe únicamente tenía la trigésima parte... Muy afligida, recurrió enseguida al amparo de Dña. Lucilia: «¿Y ahora qué hago? ¡Mamita, ayúdame! Tengo que pagar esa cuenta. ¡Ayúdame, ayúdame!».

El proveedor de ventas al que le debía tal cantidad llegaría a su tienda a primera hora de la mañana para cobrar. Sin embargo, por diversas razones tan sólo se presentó en el local a las tres de la tarde. Carmen vio en ese imprevisto el auxilio de Dña. Lucilia, ya que en ese ínterin logró, con gran asombro, vender todo lo necesario para cancelar la deuda.

«No sé cómo, pero el hecho es que Dña. Lucilia me ayudó a reunir todo el dinero que me hacía falta. Ese día

se lo agradecí mucho a ella, y siempre se lo agradeceré», declara llena de reconocimiento. Y concluye: «Cuando les conté este episodio a otras personas, me dijeron que no era una casualidad».

Ahora Carmen recurre, confiada, a su intercesora para resolver una cuestión familiar: «Sé que con su ayuda lo conseguiremos». Y deseosa de que otras personas se beneficien de ese maternal amparo, añade: «Sé que Dña. Lucilia, mi mamita, nos estará guiando a cada uno de nosotros y a todo aquel que anhela tener un corazón como el de ella, que es para nosotros un ejemplo».

«Me siento una hija predilecta de Dña. Lucilia»

La bondad de esta extremosa señora se manifestó también en Fátima Clara María Rodríguez de González Zúñiga, de Lima, la cual ya había sido favorecida por su intercesión en la curación de una toxoplasmosis ocular. Habiendo comprobado cómo Dña. Lucilia atiende a quien la busca, decidió pedirle ayuda con otro problema de salud.

Así nos lo narra: «Hace unos años sufrí un accidente automovilístico y me llevaron a Urgencias. No me fracturé nada, pero quedé con el brazo derecho magullado». El dolor aumentaba a medida que pasaba el tiempo, especialmente durante el invierno o cuando sujetaba algo pesado; sólo podía levantar el brazo hasta cierta altura, sin contar con otras limitaciones motrices. Le diagnosticaron bursitis, acompañada de calcificación en el tendón subyacente. Se siguieron varias sesiones de fisioterapia, que aliviaban el dolor durante un tiempo, pero pronto volvía el mismo tormento. Hasta las mantas que le rozaban el brazo al acostarse eran un suplicio.

Un día por la mañana, mientras se quitaba el abrigo para empezar las tareas domésticas, hizo un movimiento



Reproducción

Con inigualable solicitud, Dña. Lucilia atendió la petición que le fue hecha

Fátima Rodríguez con la biografía de Dña. Lucilia en sus manos

brusco con el brazo y oyó un crujido en el hombro, seguido de un dolor tremendo. Con la otra mano intentó sujetar el brazo afectado y se dirigió a su habitación, donde esperó a que su esposo terminara de trabajar para almorzar y la llevara a Urgencias. Mientras tanto se confió a la divina voluntad del Señor y a la maternal intercesión de Dña. Lucilia.

Apenas había terminado de rezar cuando su perrito se le acerca deseoso de un poco de atención. Como sentía mucho dolor, quiso apartarlo y, en un acto reflejo, estiró el brazo derecho. Entonces se dio cuenta de que el dolor había desaparecido y que había recuperado el movimiento completo del miembro, una constatación acompañada de un gran consuelo sobrenatural.

Desde aquel día los constantes y agudos dolores que sufría no volvieron más. Y así termina Fátima su relato: «Me siento una hija predilecta de Dña. Lucilia. A veces basta con mirar su fotografía para sentir que me comprende, y entonces le comunico mis preocupaciones».

Mutuo amor en

Innúmeras veces el autor tuvo la oportunidad de asistir a los momentos en que Dña. Lucilia se encontraba con su hijo, el Dr. Plinio. Una era la relación entre ellos cuando el Dr. Plinio pronunciaba conferencias públicas o se reunía con sus seguidores. En esas ocasiones el trato entre ambos parecía común. Otras eran las manifestaciones de bienquerencia mutua que el autor pudo comprobar cuando frecuentó la casa de Dña. Lucilia durante la crisis de diabetes que acometió al Dr. Plinio en 1967.

En ese período, Dña. Lucilia asistía a la parte final de las comidas de su hijo, que las hacía recostado en el sofá de su despacho debido a la enfermedad. Algunos discípulos del Dr. Plinio también le hacían compañía en ese momento. Ella entraba con discreción y compostura, saludaba a los presentes y permanecía en un lado, recogida, mirándolo.

Terminado el postre, las personas se retiraban, y ellos dos se quedaban a solas. Como la sirvienta dejaba la

puerta entreabierta, el autor pudo, a través de una rendija, observar muchas y muchas veces una escena conmovedora: Dña. Lucilia se aproximaba al sofá del Dr. Plinio y se inclinaba sobre él, quedando un brazo de distancia entre los dos. Entonces él cogía su mano, la besaba varias veces y le hacía unas caricias un poco «truculentas», dando palmaditas con cierta fuerza y diciendo:



Fotos: João Clá Dias

El Dr. Plinio en marzo de 1968

—*!Mãezinha* querida, *mãezinha* querida de mi corazón!

Y ella, al contrario, le acariciaba sus manos con mucha suavidad y sólo decía:

—*!Filhão, filhão* querido! ¡Cuánto te quiero, hijo mío! ¿Estás bien?

—Sí, *mãezinha*; y ¿cómo ha dormido usted esta noche?

—Dormí muy bien.

Ella, a veces poniéndole la mano en el rostro le acariciaba con mucho afecto y decía:

—Hijo de mi corazón, ¿sabes que tu madre te quiere mucho?

—¿Y mi *mãezinha* sabe cuánto la quiero yo?

Así pasaban diez minutos, contados en el reloj, de gestos de agrado y cariño. Los dos casi que ni conversaban, sólo convivían. Y quien lo observaba veía en esa bienquerencia exuberante un extraordinario amor a Dios. En el fondo, ella le hacía una compañía sin igual en el campo de la virtud, y él, a su vez, en reconocimiento a la inocencia de ella, le retribuía con extraordinaria afectividad.

Y Fátima Rodríguez no es la única que tiene esta convicción. De hecho, todos los que acuden a Dña. Lucilia sienten los torrentes de amor y de bondad que de ella emanan, y adquieren la certeza de que jamás serán confundidos.

Una vez más, ¡no me desamparó!

El año pasado Solange Calero Chávez, residente en España, nos contó cómo Dña. Lucilia había socorrido a su hermana Yiceth en su recuperación de una delicada cirugía cerebral. Ahora nos relata una gracia obtenida por medio de esta bondadosa señora a favor de su sobrino Franko André Parra Flores, de 17 años, que vive en Perú.

«Una noche mi cuñada llamó por teléfono a mi esposo, un poco llorosa, y le dijo que había llevado a su hijo al médico por un problema en la mano, que le estaba doliendo mucho. Fue a la consulta y allí mismo le hicieron las pruebas, que arrojaron un resultado inesperado». En efecto, según la especialista, el joven había desarrollado el síndrome del túnel carpiano, ocasionado por la comprensión del nervio mediano, uno de los principales de las manos. Los síntomas provocan dolor, hormigueo, disminución de la sensibilidad en los dedos e incluso debilitamiento de la mano y entumecimiento muscular, crean-

do dificultad de realizar algunos movimientos.

Al oír tal descripción, Franko se quedó muy angustiado y preocupado por su futuro, pues estaba estudiando ingeniería informática y robótica, y sus manos constituían su principal instrumento de trabajo. Innumerables dudas asaltaban al joven... ¿Cómo sería su vida a partir de entonces? Siendo aún tan joven, ¿por qué le sobrevino tal enfermedad? ¿Qué haría en aquella situación? Su madre, Rosana Flores de Parra, trataba de calmarlo, pero en vano.

Rosana le contó a su cuñada lo sucedido y ésta, intentando ayudarla, le

Jesús y María

Después de ese tiempo establecido entraba la empleada, cogía la silla de ruedas y comenzaba a moverla diciendo:

—Ya es la hora, señora. Los médicos aconsejan que el Dr. Plinio descanse.

Doña Lucilia respondía de forma imperiosa:

—No, no, Mirene. ¿Qué es esto? No quiero irme. Déjame aquí. Voy a quedarme con él.

El Dr. Plinio, percibiendo que la empleada no conseguiría vencerla, se volvía hacia ella y, mirándola con bienquerencia, intervenía:

—Mamá, lamentablemente los médicos me han recomendado reposo. ¿Qué le vamos a hacer? Con mucho pesar me tengo que despedir de usted, pero no hay remedio...

Ella, entonces, lo comprendía:

—Está bien, *filhão*. Me despido, pero con dolor en el corazón.

Ella iba alejándose, mientras hacía un gesto de adiós. Al final, cuando llegaba a la puerta, besaba la palma

de su mano y soplabla el beso en dirección a él.

En ese corto intervalo, lo que de hecho dejaba encantado al autor era el ver a los dos, madre e hijo; ella, una señora de 92 años, y él, un señor de 60, conviviendo en una intimidad total, pero con extraordinaria reverencia del uno para con el otro.

En diversos comentarios hechos ya al final de su vida, explicó



Doña Lucilia en la misma fecha

el Dr. Plinio que esta reciprocidad de afecto estaba fundamentada en Nuestro Señor Jesucristo y en María Santísima y, podría haber dicho también, en la Santa Iglesia. «Éste era el cimiento de nuestro mutuo amor maternal y filial: se trataba de un amor en Jesús y María. Es decir, que era conforme al amor de Jesús y María, una pálida imitación humana del amor de Jesús y María, que, dicho sea de paso, pertenecen a la humanidad: Nuestro Señor es el Hombre-Dios, y Ella, una criatura humana, siendo, por lo tanto, algo enteramente bueno, santo, como debe ser». ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio.

*El don de la sabiduría
en la mente, vida y obra de
Plinio Corrêa de Oliveira.*

Città del Vaticano-Lima: LEV;
Heraldos del Evangelio, 2016,
t. I, pp. 166-171.

aconsejó un «remedio» muy eficaz: «Le hablé de Dña. Lucilia, recordándole cómo había intercedido por mi hermana. Y le dije: “Voy a pedirle que interceda por Franko”. Me puse a orar en mi pequeño altar diciendo: “Doña Lucilia, protege a mi sobrino. Así como fuiste tan cuidadosa con tu hijo, el Dr. Plinio, por favor cuida de mi sobrino con tu santa intercesión maternal y, si fuese posible, pídele a nuestro Sagrado Corazón de Jesús que lo sane por completo».

Al terminar la oración, Solange telefoneó nuevamente a su cuñada, porque había tenido la idea de sugerirle que buscara la opinión de otro especialista. La tarde del día siguiente,

recibía una llamada de Rosana con la siguiente noticia: «Le hemos consultado a otro neurólogo, le volvieron a hacer las pruebas a Franko y el médico nos dijo que el diagnóstico anterior estaba errado».

El doctor le recetó un antiinflamatorio. Con base en el análisis de los resultados de las pruebas hechas posteriormente, aseguró que los dolores que sentía el joven ciertamente se debían a una contusión sufrida durante la práctica de algún ejercicio físico. Para despejar cualquier duda, Rosana consultó a un tercer médico, quien le dio el mismo diagnóstico.

Todo indicaba que, desde el principio, Franko no padecía ninguna afec-

ción grave, pero no deja de ser significativo que todo se hubiera aclarado después de una fervorosa oración a Dña. Lucilia. Convencida de ello, Solange le dijo a su cuñada: «¡Ves la maravillosa intercesión de Dña. Lucilia! Por eso le tengo tanto cariño y fe. Siempre que le pido algo, ella me escucha».

Y así concluye su relato: «Gracias a los Heraldos del Evangelio por darme la oportunidad de conocer a esta magnífica mujer, a la cual no me canso de agradecerle lo que hizo por mí. Cada detalle de su vida es único y ejemplar. Mi familia y yo rezamos para que Dña. Lucilia sea elevada a los altares, por su gran amor». ✧



Ecuador – La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó el 11 de enero el Colegio Marie Clarac, de la ciudad de Quito. Se llevó a cabo una coronación de la imagen de la Santísima Virgen y una presentación musical para los alumnos.



Paraguay – Grande fue la alegría de niños y niñas paraguayos al recibir sus regalos de manos de Sus Majestades los Reyes Magos en la iglesia de la Madre del Buen Consejo, de Ypacaraí. El reparto de juguetes tuvo lugar el 8 de enero, con motivo de la solemnidad de la Epifanía en ese país.



México – Entre las distintas actividades desarrolladas en suelo mexicano, destacó la ceremonia de la Comunión reparadora del primer sábado de mes, según la petición hecha por la Virgen en Fátima, realizada en diciembre en la basílica de San José y Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Encuentros en Colombia

Los últimos meses del año 2022 fueron ocasión para el desarrollo de varios encuentros, bajo el amparo de la Santísima Virgen, en algunas ciudades colombianas.

El *Primer encuentro sacerdotal con María*, realizado en la casa de los Heraldos del Evangelio de Bogotá, contó con la asistencia de diecinueve presbíteros de distintas diócesis del país (fotos 1 y 3). La misa de clausura fue presidida por

Mons. Héctor Cubillos Peña, obispo de Zipaquirá, y concelebrada por todos los participantes del evento (foto 2).

Por otra parte, la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, acogía el encuentro de la vida consagrada del vicariato episcopal de San Pedro (fotos 4 y 5). Y, a su vez, se llevaron a cabo otros congresos marianos en Bucaramanga (foto 6), Pasto (foto 7) e Ibagué (foto 8).



Fotos: David Bedoya



Fotos: Jesse Arce



Fotos: Francisco Tobón



Colombia – El 20 de enero, la Escuela de Policía Rafael Reyes, localizada en la ciudad de Santa Rosa de Viterbo, conmemoró su 49 aniversario con una misa, celebrada por el P. Diego Cubides Umba, EP (fotos 1 y 2). En diciembre, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó la comandancia de la Policía Metropolitana del Valle de Aburrá, de Medellín, donde fue coronada por el brigadier general Carlos Humberto Rojas Pabón y su esposa (foto 3).



España – Los días 26 y 27 de noviembre de 2022, los cooperadores de los Heraldos del Evangelio de esta nación participaron en el IV Congreso Nacional, realizado en la casa que la institución tiene en Toledo (fotos 1 a 3). Y el 5 de enero de este año varias familias amigas tuvieron la alegría de recibir la visita de los Reyes Magos, que llegaron por sorpresa a la casa de los Heraldos de Sevilla la Nueva, tras la celebración de la misa de la solemnidad de la Epifanía (fotos 4 y 5).



Fotos: Ricardo Schneider

Italia – Los Heraldos del Evangelio animaron la tradicional procesión de la Inmaculada Concepción en la localidad de Gambare, en el municipio de Mira, realizada el 8 de diciembre. En la ocasión también fueron rezadas vísperas y celebrada la santa misa en la iglesia parroquial de San Juan Bautista.



Fotos: Nikol Langa

Mozambique – Con motivo de la Navidad, un grupo de miembros de los Heraldos del Evangelio de este país africano visitó la Casa de la Alegría, de las Misioneras de la Caridad de Maputo, a fin de realizar una presentación musical para los niños y ancianos que reciben asistencia de esta institución.



Fotos: Maria Clara Paixão

Brasil – Los niños y adolescentes en situación de vulnerabilidad social, atendidos en la Casa Madre Roselli, de Nova Friburgo, disfrutaron de una alegre confraternización a finales de 2022 durante un concierto musical realizado por la rama femenina de los Heraldos del Evangelio.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Trienio de conmemoraciones tomistas

La Orden de Predicadores tendrá tres años consecutivos de festividades en honor de Santo Tomás de Aquino, uno de sus miembros que más influencia ha ejercido en la historia de la Iglesia.

El trienio de celebraciones comenzará este año con la conmemoración de los setecientos años de su canonización, realizada el 18 de julio de 1323 por el papa Juan XXII. El 2024 será el marco de los setecientos cincuenta años de la muerte del Doctor Angélico y el 2025 cerrará las solemnidades, al cumplirse ochocientos años del nacimiento de este insigne dominico, lumbrera del pensamiento escolástico y de la tradición cristiana.

Ataque terrorista en España

En la tarde del 25 de enero, Yassin Kanza, un marroquí de 26 años, irrumpió en dos iglesias de la ciudad de Algeciras (España) destruyendo

imágenes, agrediendo a feligreses con un machete y gritando frases como «Alá es grande».

El sacristán de la iglesia de Nuestra Señora de La Palma, Diego Valencia, fue asesinado y cuatro personas —entre ellas el P. Antonio Rodríguez, vicario parroquial de María Auxiliadora, que se encontraba celebrando misa en la capilla de San Isidro— resultaron heridas en el ataque, que ha causado consternación y asombro en la comunidad internacional.

Amaustan (CC by-sa 4.0)



El Monte Saint-Michel: una de las siete maravillas del mundo

En el año en que se celebran mil años del inicio de la construcción de su abadía, el Monte Saint-Michel (Francia) es nombrado por la revista estadounidense *Condé Nast Traveler* como una de las siete maravillas del mundo para 2023. Dada la armoniosa combinación de piedra y mar, la revista declara que «tal vez en ningún otro lugar de Europa la arquitectura pueda complementarse tan bien con el mundo natural».

El monte y la abadía de construcción benedictina eran conocidos desde la Edad Media como la *Maravilla de Occidente*, convirtiéndose en el sitio donde, desde tiempos inmemoriales, es invocado el angélico patrón de Francia, San Miguel Arcángel.

La Justicia francesa ordena la retirada de una imagen de la Virgen

En una polémica e injusta decisión, la Corte de Apelación de Burdeos (Francia) ratificó el 12 de enero la sentencia dictada por el Tribunal Administrativo de Poitiers en 2022, que ordenaba retirar una imagen de la Virgen situada en un cruce de calles de la localidad de La Flotte-en-Ré. La disposición fue motivada por una demanda del grupo *Libre Pensée 17*, bajo la alegación de que la presencia de la estatua en un espacio público viola la ley de laicidad del país.

La resolución claramente antirreligiosa, que muestra el ensañamiento de borrar del pasado de Francia un legado de mil quinientos años de cristianismo, suscitó una enorme reacción entre los habitantes de La Flotte-en-Ré, quienes promovieron una recogida de firmas de más de 20.000 signatarios. El alcalde de la ciudad, que también se opone a la retirada de la imagen, apelará al Consejo de Estado para obtener la revocación de la sentencia.



Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG



Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano



¿Dónde van más a misa los católicos?

Un estudio publicado por el Centro para la Investigación Aplicada al Apostolado señala que Nigeria es el país donde la población católica más asiste a misa. Las encuestas realizadas por la *World Values Survey* en treinta y seis países con grandes poblaciones católicas han demostrado que el 94 % de los católicos nigerianos van a misa al menos una vez a la semana.

Aunque no se ha realizado a nivel mundial, el estudio arroja luz sobre la relación entre los factores económicos y la asistencia a la celebración eucarística, alertando sobre un fenómeno que está siendo determinante en la participación

de los católicos en los sacramentos: en los países donde el PIB per cápita es menor, el catolicismo es más fuerte. Así lo confirman países como Kenia, donde el 73 % de los católicos asisten semanalmente a misa, Líbano (69 %), Filipinas (56 %), Colombia (54 %), Polonia (52 %) y Ecuador (50 %).

Entre los brasileños, a pesar de que el 82 % de los entrevistados se consideran personas «religiosas», tan sólo el 8 % de los católicos dijeron que van a misa una vez a la semana. Por tanto, Brasil es uno de los países donde los adultos declaradamente católicos asisten menos a misa, igualándose a naciones como Francia (8 %) y Países Bajos (7 %).

La estatua de la Santísima Virgen forma parte del patrimonio histórico de la ciudad.

Herido por la espada de San Miguel

Un ladrón en estado de embriaguez resultó gravemente herido al intentar robar en una iglesia católica del centro de Monterrey (México) una imagen de San Miguel Arcángel.

Según los medios locales, Carlos Alonso, de 32 años, irrumpió de madrugada en la iglesia de Cristo Rey, el 14 de enero, tras romper una puerta de vidrio para acceder al templo, y cuando huía con la imagen se tropezó. La espada de San Miguel le causó un corte profundo en el cuello, pero los socorristas lograron controlar la hemorragia y poner a disposición de las autoridades competentes el destino del delincuente. La imagen, sin embargo, no sufrió ningún daño, señal de que San Miguel continúa protegiendo la iglesia que acoge su imagen.

Concurso de cánticos eucarísticos en Estados Unidos

Con ocasión del X Congreso Eucarístico Nacional, que se llevará a cabo en julio de 2024 en la ciudad de Indianapolis, la Conferencia de los Obispos Católicos de Estados Unidos ha organizado un concurso de cánticos eucarísticos con el fin de revitalizar la devoción a la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

Los interesados deberán entregar sus composiciones hasta el 21 de abril de 2023, las cuales serán evaluadas tanto por sus atributos musicales como por la solidez teológica e idoneidad litúrgica. Los ganadores recibirán un premio de 2.500 dólares y sus melodías solemnizarán las festividades durante el congreso eucarístico.



La Piscina de Siloé será abierta para visitas

La histórica Piscina de Siloé, localizada en la Antigua Ciudad de Jerusalén y famosa por haber sido escenario donde Jesús curó al ciego de nacimiento (cf. Jn 9, 7), pronto será abierta al público. Los peregrinos podrán ver los trabajos de excavación, así como visitar la piscina, que formará parte de la ruta turística desde la Ciudad de David al Muro Occidental de Jerusalén.

Construida en el siglo VIII a. C. y descubierta en 1980, se estima que ha pasado por numerosas etapas de desarrollo y que en su tiempo de apogeo había sido recubierta con grandes

losas incrustadas, según informa el portavoz de la Autoridad de Antigüedades de Israel.

Sacerdote nigeriano es quemado vivo

En la madrugada del 15 de enero, la casa parroquial de la iglesia de San Pedro y San Pablo de Kafin-Koro (Nigeria) fue atacada por terroristas que dispararon indiscriminadamente contra ella y le prendieron fuego, con el P. Isaac Achi y su asistente, el P. Collins Omeh, todavía dentro de la vivienda. El P. Achi, de 61 años, falleció quemado, mientras que el P. Omeh logró escapar, siendo herido por los bandidos de un tiro en el hombro.

Según contó el P. Omeh, ambos sacerdotes se administraron el uno al otro el sacramento de la confesión mientras la casa estaba siendo atacada.

Alhaji Sani Bello Abubakar, gobernador del estado de Níger, donde tuvo lugar el crimen, lo calificó de «impío e inhumano», instando a las agencias de seguridad a que localizaran a los delincuentes. «Es necesario tomar medidas drásticas para poner fin a esta matanza», declaró. Por su parte, la diócesis de Minna le pidió a Dios que «proteja y salve a la Iglesia en este período crítico», asegurando que los católicos nigerianos están «profundamente heridos y apesadumbrados» por lo sucedido.

Salvada por dos niños y unos relojeros

Los profesionales cogieron cada cual sus herramientas. Unos trabajaron en la torre del palacio y, sobre todo, en la de la iglesia de Saint-Jacques, mientras otros iban de casa en casa. ¿Saldría bien el plan?



Ilustraciones: Lucila Bernadete Guarany



✦ Estella Thy Phan

La oscuridad cubría el firmamento y el silencio reinaba en todas partes, excepto en una casa, donde la luz de una vela rasgaba la penumbra y se percibían algunos ruidos.

En el interior de la vivienda, el almirante Sébastien de Béthune, un insolente jefe de los hugonotes —la versión francesa de la herejía calvinista— presidía una reunión. Estaban tramando cómo apoderarse de una ciudad católica y arruinar la fe de sus habitantes, y no era la primera vez.

—Si logramos hacernos con la jurisdicción de Lunéville, ¡nuestra influencia aumentará! —gritó maliciosamente el almirante.

—Presiento que este plan va a fracasar... —murmuró uno de los partidarios.

—¡No seas estúpido! Puedes estar seguro de que los católicos no harán nada; en todas las batallas en las que he participado me he dado cuenta de que nosotros somos más astutos, ¡ja-ja-ja! —dijo Sébastien con arrogancia y orgullo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó uno de ellos con curiosidad.

El líder le respondió:

—La cosa es así: de aquí a una semana partiremos hacia Lunéville, pero estaremos escondidos en los bosques de los alrededores para no llamar la atención. Finalmente, la madrugada del miércoles, tan pronto como el reloj de la torre Saint-Jacques marque la medianoche, las puertas de la ciudad serán abiertas por las mujeres que nos siguen y que residen allí; invadiremos el palacio del duque Armand de Lorraine ¡y yo usuraré el gobierno de la ciudad!

A todos les pareció una estrategia muy interesante y la apoyaron.

El cielo empezaba a clarear cuando concluía el complot. Cada cual se fue a su casa. No obstante, nadie se percató de la presencia de un niño que, escondido en un mueble, había ido recogiendo toda la información. Pensó indignado: «¡No pueden ser más astutos que nosotros!». Se llamaba Étienne y era sobrino del cura jesuita Laurent Paré.

El jovencito salió a toda prisa hacia la casa de su tío.

—¿Étienne?

—¡Traigo noticias! —contestó ansioso.

El sacerdote lo recibió y escuchó su relato. Entonces dijo:

—Le informaré al duque acerca del asunto para que tome las medidas oportunas.

Y poniendo la mano sobre el hombro del pequeño, añadió:

—Que Dios te bendiga.

A continuación se dirigió al palacio, donde pidió audiencia.

—Rvdmo. P. Paré, presentaos ante su excelencia, el duque Lorraine —anunció el guardia con tono autoritario, golpeando el suelo con su bastón.

El jesuita entró en la sala y le informó al noble de la artimaña enemiga. Armand, que estaba sentado, se levantó enseguida para tomar providencias. La pequeña ciudad tenía hombres dispuestos a todo para defenderla, pero les faltaba el armamento adecuado.

—Hummm... Precisamos ayuda del Cielo. No va a ser fácil conseguir armas en el plazo necesario y los hugonotes deben conocer esta carencia nuestra, por lo que han decidido atacarnos. Ofrezca sus oraciones, padre, y yo ofreceré las mías.

Con una venia, el P. Paré se despidió.

De hecho, el duque obtuvo el armamento, pero éste sólo llegaría a Lunéville el mismo miércoles. Ade-

más, la discreción exigía que el equipo entrara en la ciudad únicamente cuando la oscuridad la envolviera... ¿Cómo lo distribuiría a tiempo si la invasión iba a ser precisamente a medianoche? Armand le rogaba a Dios una inspiración, pero no le venía ninguna idea a la mente. Pasaron los días hasta que la esperada señal llegó.

* * *

—¡Abuelo!

—¿Sí? —le respondió el duque a su nieto de 9 años.

—Hoy, en clase de Historia Sagrada, fray Edmond nos ha contado el episodio del rey Ezequías y del profeta Isaías. Lo entendí todo menos cómo funcionaba ese reloj solar que se atrasó.

—Reloj... ¿atrasado...?

* * *

—Excelencia, el P. Laurent Paré le está esperando —le informó su asistente.

—Hazlo pasar.

El clérigo, con mucha calma, se pronunció:

—Señor, aquí me tiene después de días de oraciones y mortificaciones, rogando al Cielo una señal. ¿Acaso me ha llamado su excelencia para comunicarme alguna inspiración?

—¡Alabado sea Dios! Por medio de un pequeñito, Él se ha dignado iluminar nuestras acciones.

Habiéndole puesto al corriente de la situación, contado el origen de la inusual idea y referido su plan, le preguntó:

—Ahora la última palabra la tenéis vos, que sois ministro del Señor. ¿Qué os parece?

—¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo lleven a feliz término este proyecto! Actuaremos, pues, sagazmente como las serpientes (cf. Mt 10, 16).

* * *

—Damas y caballeros, ¡atención! —gritó en la plaza principal el heraldo—. Los relojes de la ciudad están marcando una hora equivocada. Por

orden del duque, tienen que ser ajustados antes del atardecer.

Los especialistas cogieron sus herramientas y se pusieron manos a la obra. Los más experimentados trabajaron en la torre del palacio, pero sobre todo en la de la iglesia de Saint-Jacques, mientras otros iban de casa en casa. Gracias a Dios, en la pequeña y humilde ciudad casi nadie tenía los entonces carísimos relojes de bolsillo que habían empezado a circular entre la alta nobleza de la Francia de aquel siglo, y todos se guiaban por los dos aparatos mencionados o por aquellos que tenían en sus hogares.

El día estuvo repleto de servicios. Felizmente, los relojeros cumplieron su misión. Pero los herejes... ¿también tendrían éxito?

Cuando sólo se escuchaba el canto de los grillos, todos los hombres capaces de empuñar un arma se presentaron en el palacio para recibir instrucciones secretas. Una pequeña puerta de la ciudad se abrió discretamente para dar paso a tres carromatos cargados de heno... nada más que en la parte superior, es verdad, pues debajo se escondía el más moderno ar-



Por orden del duque, todos los relojes de Lunéville tenían que ser ajustados. ¿La ciudad sería salvada?

mamento. El resto de los habitantes dormía, sin desconfiar del gran riesgo que estaban corriendo. Mientras los varones de Lunéville se apostaban en las murallas, los enemigos esperaban en los alrededores.

—¿Aún no es medianoche?! —le preguntó uno de los hugonotes al jefe protestante.

—¿No has oído el reloj de Saint-Jacques dar las diez hace un rato? —respondió ásperamente el almirante Sébastien.

Todos se extrañaban del largo tiempo transcurrido desde el atardecer, aunque nadie osaba decir una palabra.

Al cabo de dos horas, los soldados recibieron entonces la señal para avanzar contra la ciudad. Las puertas, de hecho, se abrieron, pero fueron recibidos por una defensa como jamás habrían imaginado.

—Sabía que este plan no iba a funcionar —refunfuñaba un soldado hugonote mientras huía, dejando a muchos compañeros atrás.

—Hay algo muy raro en todo esto —protestó otro.

—Hace cinco años que soy aliado tuyo y nunca he tenido suerte... ¡Me voy! —le gritó un teniente al almirante.

Sin los rebeldes, Sébastien, también confuso e indignado por no tener más que un puñado de descontentos y bajo un fuego incesante, se batió en retirada.

Cuando el sol decidió rasgar el manto negro de la noche, el duque Armand de Lorraine constató el éxito de su estrategia: ¡la ciudad no había sido invadida! Y gritó:

—¡¡¡Victoria!!! Dos almas inocentes han salvado nuestra ciudad. ¡Démosle gracias a Dios, que protege a su pueblo!

—Así es como los buenos deben ser más sagaces que los malos —concluyó el P. Paré.

Y de esta manera Lunéville fue salvada por dos niños y unos relojeros. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Félix III, papa (†492). Combatió las herejías monofisita y arriana, y sostuvo las decisiones de los concilios ecuménicos contra las intromisiones del poder temporal.

2. Santa Inés de Praga, abadesa (†c. 282). Hija del rey Otokar I de Bohemia, rechazó las peticiones de matrimonio de varios príncipes y se hizo religiosa en un monasterio fundado por ella bajo la Regla de Santa Clara.

3. Beato Pedro Jeremías, presbítero (†1452). Religioso dominico que, confirmado por San Vicente Ferrer en el ministerio de la predicación, se consagró por entero a la obra de la salvación de las almas. Falleció en Palermo, Italia.

4. San Casimiro, rey (†1484 Grodno, Bielorrusia).

Beata Plácida Viel, virgen (†1877). Religiosa de la Congregación de las Escuelas Cristianas de la Misericordia, sucedió a Santa María Magdalena Postel en el cargo de superiora general.

5. II Domingo de Cuaresma.

San Adriano, mártir (†309). Enviado en ayuda de los cristianos perseguidos en Cesarea

de Palestina, fue preso, azotado, arrojado a un león y después degollado.

6. San Fridolino, abad (†s. VIII). Oriundo de Irlanda, peregrinó a través de la Galia y llegó a Säc-kingen, Alemania, donde fundó dos monasterios en honor de San Hilario.

7. Santas Perpetua y Felicidad, mártires (†203 Cartago, Túnez).

Santa Teresa Margarita Redi, virgen (†1770). Religiosa de la Orden Carmelita en Florencia. Murió con 23 años, después de una intensa vida de devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

8. San Juan de Dios, religioso (†1550 Granada, España).

San Félix de Dunwich, obispo (†c. 646). Francés de nacimiento, predicó el

Evangelio en Inglaterra oriental, donde fundó iglesias, monasterios y escuelas.

9. Santa Francisca Romana, religiosa (†1440 Roma).

Santo Domingo Savio, laico (†1857). Discípulo de San Juan Bosco en el Oratorio de Turín. Falleció con 15 años, habiendo recorrido velozmente el camino de la santificación.

10. Santa María Eugenia de Jesús, virgen (†1898). Con 22 años fundó en París la Congregación de las Hermanas de la Asunción.

11. San Constantino, rey y mártir (†s. VI). Tras haber cometido asesinatos y sacrilegios, se convirtió al cristianismo. Dejó el trono de Cornualles para retirarse a un monasterio irlandés. Ordenado sacerdote, marchó en misión a Escocia, donde recibió la palma del martirio.

12. III Domingo de Cuaresma.

Beata Ángela Salawa, virgen (†1922). Joven empleada doméstica, hizo voto privado de castidad, ingresó en la Tercera Orden Franciscana y comenzó una vida de penitencia y de apostolado junto a sus congéneres de Cracovia, Polonia.

13. Beato Agnello de Pisa, presbítero (†c. 1236). Fue admitido entre los Hermanos Menores por indicación del propio San Francisco de Asís, que lo envió a Inglaterra para que fundara una provincia de la Orden.

14. Santa Matilde, reina (†968). Esposa de Enrique I de Germania, se dedicó a la asistencia a los pobres y a la fundación de hospitales y monasterios.

15. San Artemides Zatti, religioso (†1951). Hermano coadjutor salesiano, que dedicó su vida a cuidar de los enfermos en un hospital de la Patagonia argentina.

16. San Hilario, obispo, y **San Taciano**, diácono, mártires (†c. 284). Según una antigua tradición, ambos sufrieron el martirio en Aquilea, en tiempo del emperador Numeriano.



Gustavo Kralj

San Félix III - Iglesia del Cuerpo de Cristo, Cracovia (Polonia)

17. San Patricio, obispo (†461 Down, Irlanda).

Beato Conrado, eremita (†c. 1154). Atraído por la santidad de San Bernardo, ingresó en el monasterio de Claraval. Obteniendo permiso, se retiró a una vida eremítica en Tierra Santa.

18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 387 Jerusalén).

Beata Celestina de la Madre de Dios, virgen (†1925). Fundó en Florencia, Italia, la Congregación de las Hijas Pobres de San José de Calasanz.

19. IV Domingo de Cuaresma, también llamado Domingo «Lætare».

Beato Marcelo Callo, mártir (†1945). Joven laico francés que, por sostener en la fe a sus compañeros de trabajos forzados durante la ocupación nazi, fue enviado al campo de concentración de Mauthausen, Austria, donde murió de extenuación.

20. Solemnidad de San José, esposo de la Virgen María y patrón de la Iglesia (trasladada del día 19).

Beata Juana Véron, virgen y mártir (†1794). Compañera de la Beata Francisca Thénét en el cuidado de niños y enfermos de Dampierre, Francia. Fue guillotinado por haber refugiado en su casa a sacerdotes que habían rechazado jurar la Constitución civil del clero.

21. San Endeo, abad (†c. 542). Fundó en las islas de Aran, Irlanda, un célebre cenobio. Es considerado uno de los padres del monacato irlandés.

22. San Epafrodito, «coadjutor en el ministerio y compañero en los

combates» del apóstol San Pablo, como así se refiere a él en la Carta a los filipenses.

23. Santo Toribio de Mogrovejo, obispo (†1606 Saña, Perú).

Santa Rebeca de Himlaya, virgen (†1914).

De la Orden Libanesa Maronita de San Antonio. Vivió ciega y paralítica durante treinta años, pero con una inquebrantable confianza en Dios.

24. Beato Juan del Báculo, monje y presbítero (†1290). Discípulo de San Silvestre de Ósimo, vivió sesenta años en una pequeña celda en el eremitorio de Montefano, Italia.

25. Solemnidad de la Anunciación del Señor.

Santa Margarita Clitherow, mártir (†1586). Madre de familia asesinada por esconder en su casa a sacerdotes perseguidos durante el reinado de Isabel I de Inglaterra.

26. V Domingo de Cuaresma.

San Bercario, abad (†685). Fue apuñalado un Jueves Santo por un monje al que había reprendido varias veces por su mala conducta. Falleció el Domingo de Resurrección, habiendo perdonado a su agresor.

27. San Ruperto, obispo (†c. 718). Primer obispo de Salzburgo,



Santa Matilde - Iglesia de San Marcos, Oliva de la Frontera (España)

Austria, evangelizó y convirtió a gran parte de la población. Bautizó al duque Teodón y, con su auxilio, edificó iglesias y monasterios. Es considerado el apóstol de Austria y de Baviera.

28. San Gountrán, rey (†593).

Monarca de los francos, gobernó con sabiduría, fundó monasterios y repartió sus tesoros entre la Iglesia y los pobres.

29. Beato Bertoldo, monje (†c. 1188). Tras abandonar el oficio militar, se hizo religioso y fue elegido prior de los carmelitas de Palestina.

30. Beata María Restituta Kafka, virgen y mártir

(†1943). Ingresó en la Congregación de las Hermanas Franciscanas de la Caridad Cristiana, de Viena, con 20 años. Murió decapitada por desafiar las prohibiciones de la autoridad política, al colocar un crucifijo en todas las habitaciones del hospital donde ejercía de enfermera.

31. San Benjamín, diácono y mártir (c. 420). Por persistir en la predicación de la Palabra de Dios en Persia, fue torturado y asesinado en el reinado de Vararane V.

Ejemplo de resistencia

«¡Qué agradable es ser un pato! Ni dificultades ni contrariedades; se pasa la vida desplazándose de aquí allá exento de obstáculos...». Se engaña el que se deja llevar por tal reflexión, que en nada lo eleva a Dios.



✠ Hna. Teresinha Karina Herdy Zebendo, EP

Le invito, querido lector, a que aparque un instante los quehaceres prácticos del día a día y descanse un momento en las lecciones que Dios ha dejado magníficamente «escritas» en la creación. Elevemos nuestro espíritu a través de la contemplación y convivamos un poquito con lo sobrenatural. ¿Qué es la admiración sino el encontrar al Creador reflejado en su obra?

La escena es sencilla: un pato nadando de un lado a otro en las aguas de un río. Su porte denota nobleza y tranquilidad.

Alguien agobiado con los problemas, oprimido por las angustias y puesto ante la perspectiva de nuevos enfrentamientos podría «envidiar» esa existencia pacata y sosegada. «¡Qué agradable es ser un pato! Ni dificultades ni contrariedades; se pasa la vida desplazándose de aquí allá exento de obstáculos...», pensaría nuestro espectador. No obstante, estaría engañándose al dejarse llevar por tal reflexión, que en nada lo elevaría a Dios...

Si en todo hay una «firma» de la grandeza del Señor, he aquí que, al considerar una simple ave, hallamos una de las más bellas: ¡la lucha! Me atrevo a decir que ésta no es sólo un componente de la existencia terrena, sino su cúspide. En efecto, al derramar su sangre preciosísima en lo alto de la cruz, Jesús no hizo sino luchar

para liberarnos del pecado, abrirnos las puertas del Cielo, destruir el poder del infierno y triunfar en el universo. Si hasta Él la deseó, ¿por qué íbamos nosotros a despreciarla?

Quizá piense el lector que la autora de este artículo ha perdido el hilo lógico de la idea que anhelaba transmitir... ¡No! Precisamente en el gracioso desplazamiento del pato sobre el agua es donde está el punto central de nuestra meditación.

A veces la corriente se vuelve tan fuerte que lo arrastra. Para mantener su dignidad y llegar adonde quiere, tiene que hacer un esfuerzo constante de nadar contra ella. No lo parece, ¿verdad? Nadie lo ve, pero el ave libra una auténtica batalla para mantener el rumbo correcto.

Si aun en lo cotidiano de seres irracionales la lucha está presente, ¿qué decir acerca de la existencia de quien es el rey de la creación: el hombre?

A cada uno, sea cual sea su estado de vida, le toca permanecer firme en los principios de la fe y en los ideales que ha abrazado. En los más variados contextos en los que nos veamos envueltos, siempre habrá un relativismo, un «desencorsetarse», una contemporalización que nos hagan titubear entre el espíritu del mundo y el espíritu de Cristo. Ahora bien, sabemos que quien no está *enteramente* con el Señor está contra Él (cf. Mt 12, 30; Lc 11, 23)...

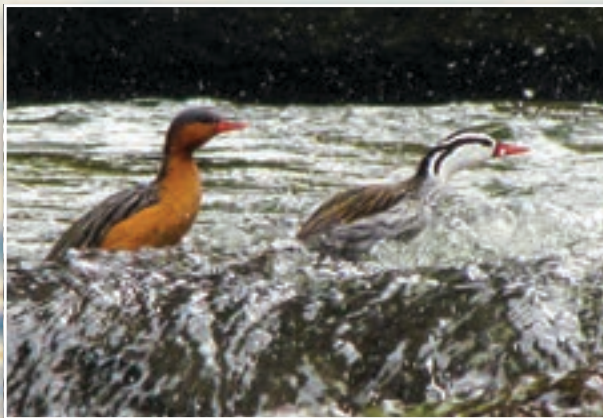
Es y siempre será un factor de encarnizados combates, la «corriente» del demonio, del mundo y de la carne, sea dentro o fuera de nosotros. Por cierto, cabe recordar que los enfrentamientos interiores son más silenciosos, pero también más complejos; los hombres no los ven, sólo Dios los contempla.

Si los patos fueran mediocres y se desalentaran a medida que la fuerza de las aguas aumentara, ciertamente nuestra generación no los conocería, ya que el río se los hubiera tragado a todos... Por lo tanto, es igualmente necesario que pongamos empeño en mantenernos íntegros en la lucha contra el espíritu del mal.

Hoy conocemos y veneramos a incontables héroes que no escatimaron esfuerzos para que el estandarte de la fe ondeara en los vientos de la Historia. ¿Acaso los Cielos no nos quieren como ellos? Por eso es importante que avancemos con la audacia propia de los hijos de la luz, completamente confiados en la acción divina, sin retroceder ni desistir nunca. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rom 8, 31). Quizá muchos no vean los combates que libramos por la victoria del reinado de la Santísima Virgen, como sucede con la discreta resistencia de los patos. Pero el Todopoderoso los sigue, ¡y esa mirada nos basta! ✠



Walter Siegmund (CC by-sa 3.0)



Alejandro Bayer Tamayo (CC by-sa 2.0)



Dickelbers (CC by-sa 4.0)

En la parte superior, pato arlequín (*Histrionicus histrionicus*); a la izquierda, patos torrenteros (*Merganetta armata*); a la derecha, patos mandarines (*Aix galericulata*). Abajo, ánade real (*Anas platyrhynchos*)



Harald Hoyer (CC by-sa 2.0)

Inspiradora de las victorias del bien

«¿Quién es ésta que despunta como el alba, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, imponente como un batallón?» (Cant 6, 10).

El texto sagrado compara a la Santísima Virgen a un ejército en orden de combate. Nuestra Señora infunde terror a los poderes del mal, pues desenmascara sus artimañas, les roba para Dios las almas que ellos habían corrompido y revitaliza a los hijos de la luz para que resistan impertérritos las ofensivas del demonio y de sus secuaces.

Pero no sólo eso: ¡la Reina de los profetas se presenta también como inspiradora poderosísima de todas las invectivas, ataques y victorias del bien contra el imperio de las tinieblas! Y las batallas más hermosas comandadas por Ella aún están por comenzar...

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Divina Reina María Santísima de
la Aurora - Palacio de Cultura
Banamex, Ciudad de México

